

LA TESIS ANTIIMPERIALISTA DE JOSÉ MARTÍ EN LAS RAÍCES DE LA REVOLUCIÓN CUBANA*

Ángel Augier

INTRODUCCIÓN

Aunque la vida y la obra –el ejemplo y el pensamiento– de José Martí pueden y deben ser temas de estudio y motivos de disfrute de cada día, es natural que en circunstancia tan relevante como la conmemoración del sesquicentenario de su natalicio, sintamos la necesidad y responsabilidad de volver a acercarnos a su múltiple, seductora y generosa personalidad creadora, y a la raíz de su pensamiento, siempre permeado de su sentimiento. En él es permanente, tanto en el orden humano como en el social que lo complementa, el más hermoso y útil legado de idea y conducta, para enaltecer y disfrutar la sencilla y complicada obligación de la existencia. Hay que fortalecer la fidelidad a ese singular legado de ética, patriotismo y humanismo. Y volver a comprobar que lo más impresionante y sugestivo de esa excepcional y multifacética personalidad estriba, junto a la profundidad y amplitud de su visión “en la elegancia, la pasión y la naturalidad con

* Ponencia presentada en la Conferencia Internacional “Por el equilibrio del mundo” en La Habana, Cuba, del 27 al 19 de enero, 2003. Aquí se hace una selección del amplio trabajo presentado por Ángel Augier.

que supo armonizar la idea con la acción, la acción con el verbo, la doctrina con la conducta, el sueño con la realidad, la realidad con la poesía. ¡Y qué más poética hazaña que la de realizar su sentencia de que “morir bien es el único modo seguro de continuar viviendo!”.

Fue el resplandor inagotable de su certera visión patriótica revolucionaria y el ejemplo de esa conjunción de verbo y de acto, en su plenitud, factores que iluminaron e impulsaron la portentosa tarea histórica de las nuevas y más avanzadas generaciones cubanas. Ellas emprendieron la dura lucha por lograr el destino nacional de Cuba, como pueblo libre e independiente, para culminar, en 1895, la Revolución Cubana iniciada en 1868. La frustración del empeño a causa de la arbitraria y artera intervención norteamericana –que el maestro hubiera impedido de no haber muerto en combate–, sin embargo, no apagó la llama por él encendida que mantuvieron las nuevas generaciones. Cúpole a la heroica gesta organizada y orientada por Fidel Castro y sus compañeros de la Generación del Centenario, ser los artífices de la victoria, en la epopeya iniciada el 26 de julio de 1953 y coronada el primer día de 1959.

A cincuenta años de la jornada del Cuartel Moncada –evidente testimonio de que Martí revivía–, la presente oportunidad aniversario coincide con un momento tan crítico de la historia, que reclama la necesidad de que vuelva a resonar la voz de Martí, con todo su vigor de hijo de nuestra América, frente a graves peligros para Cuba y para nuestro hemisferio, como los que combatió él en sus días, con su privilegiada visión política, y su integridad revolucionaria rectora.

Los Estados Unidos –el monstruo cuyas entrañas conoció por haber vivido en ellas– llegado a peligroso nivel su poderío económico y militar, pretende erigirse en agresiva potencia hegemónica mundial. Dentro de esa perspectiva de global predominio, Estados Unidos amenaza frustrar la indispen-

sable integración regional en proceso de las naciones iberoamericanas y del Caribe, anularles la independencia y aprovecharse abusivamente de sus recursos mediante un proyecto denominado Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Los intereses básicos de nuestros pueblos rechazan ese plato repulsivo, de práctica anexión a Norteamérica.

Previamente, mediante la imposición de la nefasta política de mercado del neoliberalismo en la región y las condiciones usurarias del Fondo Monetario Internacional (bajo su onnímodo control), respecto a la deuda externa, ha provocado Estados Unidos el caos económico de países sudamericanos. En tanto, no ha cesado de fortalecer el criminal bloqueo de Cuba libre y soberana y sus amenazas de agresión, que mantiene desde que, en 1959, triunfó la Revolución Cubana, inspirada raigalmente en la doctrina martiana. Todo ello ocurre dentro de una salvaje política belicista impuesta por el complejo militar industrial que monopoliza en beneficio de sus siniestros intereses los agresivos planes de la política exterior del presunto nuevo imperio.

EXPERIENCIA Y CONCIENCIA DEL IMPERIALISMO EN MARTÍ

Esa preocupante realidad obliga a reproducir (a recordar, a atender) el pensamiento antiimperialista de Martí, por su asombrosa vigencia, particularmente expuesto en su profusa escritura periodística y epistolar. El tuvo temprana conciencia de las intenciones del Norte sobre nuestras repúblicas del Sur, y de ello hay constancia en sus abundantes artículos para la prensa latinoamericana. Alcanzó máxima expresión su experiencia directa en la primera Conferencia Internacional Americana. Entre octubre de 1889 y abril de 1890 (periodo exageradamente prolongado por varias etapas de recorridos y discusiones previas), se desarrolló en Washington esta reunión convocada por el interés del gobierno norteamericano

en lograr acuerdos beneficiosos para sus planes de expansión comercial y de control económico-político de la región.

De su profunda experiencia de las distintas etapas de aquel agitado cónclave, forjó Martí buena parte de lo que me permití denominar su “tesis antiimperialista en la cuna del panamericanismo”.¹ Fue aquella reunión el inicio de ese propósito del Norte, de unir en su beneficio lo evidentemente antagónico, que parcial y convencionalmente prosperó después con la institución de la Unión Panamericana, transformada luego en Organización de Estados Americanos (OEA). Por eso resulta necesario reproducir cuanto juicio previsor expresó entonces Martí, aplicables a realidades semejantes de hoy, lo que confirma el acierto histórico de la Revolución Cubana de tener entre sus raíces el pensamiento antiimperialista del héroe y libertador de Cuba.

Fue testigo Martí de aquella trascendental conferencia en su carácter de cónsul de Uruguay en Nueva York, pero sobre todo como periodista, para informar a los diarios latinoamericanos de los que era colaborador regular, principalmente de *La Nación* de Buenos Aires. Sin embargo, como ya ha registrado el estudio de sus textos, sus testimonios no se limitan al relato objetivo del reportero: en ellos está presente y vigilante, el ciudadano de “nuestra América”, pero con criterio de estadista, consciente de los intereses de su América y de las reales intenciones de la otra América, porque alcanza a ver lo que hay detrás de los hechos. Es indispensable volver sobre el tema, por la gravedad de los peligros que amenazan a los países al Sur del río Bravo, como por la dramática vigencia de las consideraciones y juicios de Martí en la actual situación internacional.

¹ “Martí: tesis antimperialista en la cuna del panamericanismo”, en Ángel Augier, *Acción y poesía en José Martí*, La Habana, Centro de Estudios Martíanos, Letras Cubanas, 1982.

Como en otros casos, evidentes en su correspondencia periodística, tuvo Martí, entonces, una oportunidad excepcional de conocer muy de cerca los métodos y propósitos de dominio económico-político, que comenzaban a ensayar los nacientes monopolios mediante sus personeros en el gobierno estadounidense, ya manifestados por su política de rapiña y expansión a costa de sus vecinos del Sur. Más claramente que antes, se le reveló el engranaje monstruoso que amenazaba devorar las naciones latinoamericanas, sin omitir a Cuba, que aún pugnaba por alcanzar la consagración de su nacionalidad por el esfuerzo de sus hijos, frente al dominio colonial español y la confesada amenaza norteamericana.

Espoleado por “la agonía en que vivió” entonces, al haber pretendido los anexionistas plantear el problema cubano en la conferencia, Martí formuló entonces una parte apreciable de su firme ideario antiimperialista, y no sólo en la correspondencia periodística, sino también en su correspondencia privada. Siempre fue partidario de la más estrecha unión del continente, sin la participación del vecino poderoso. La unión sí, pero de los países de “nuestra América” –idea desarrollada meridianamente en su admirable ensayo de ese título, la unión de los países que tienen mucho de común entre sí y no con “el Norte revuelto y brutal que los desprecia”. La unión bolivariana que tuvo un antecedente fugaz en la Conferencia de Panamá de 1826, pero no la que se simula en la Organización de Estados Americanos (OEA) a espaldas de los pueblos, bajo la férula de Estados Unidos. Es indispensable, en este instante histórico de tan críticas aristas, volver a reproducir las reacciones, observaciones, predicciones, preocupaciones, razones y advertencias de Martí durante el desarrollo de la Conferencia, y lo que ellas conservan de orientador y aprovechable, después de más de un siglo de ser formuladas. Y también es necesario advertir que las conclusiones de esa toma de conciencia antiimperialista de Martí, por natural de-

rivación del proceso histórico, se integran en las raíces de la Revolución Cubana por la independencia nacional.

EL CONGRESO DE PAN AMÉRICA

La primera información relativa a la Conferencia, enviada por Martí a *La Nación*, de Buenos Aires, del 28 de septiembre de 1889, trata sobre la llegada de los primeros delegados, y nótese como aprovecha la ocasión para destacar las limitaciones de la reunión, las agresiones yanquis a algunos países del Caribe, procedimientos coercitivos del naciente imperialismo, al que continúa aferrado en su política exterior:²

Unos venían de Europa a presentar sus credenciales al congreso que llaman aquí de Pan-América, aunque ya no será de toda. Haití, como que el gobierno de Washington exige que le den en dominio la península estratégica de San Nicolás, no muestra deseos de enviar sus negros elocuentes a la conferencia de naciones; ni Santo Domingo ha aceptado el convite, porque dice que no puede venir a sentarse a la mesa de los que le piden a mano armada su bahía de Samaná y en castigo de su resistencia le imponen derechos subidos a la caoba.

De entrada, no falta la alusión, como al desgaire, de la política rapaz de EUA en las Antillas. En otra parte de su artículo, el cronista informa que el día 2 de octubre:

será día de zalameos en la Casa Blanca, donde la Secretaría de Estado presentará los huéspedes panamericanos al Presidente. El 5 saldrán de viaje de más de un mes los delegados, aunque

² Todas las citas y referencias de la correspondencia periodística de Martí acerca de esta Conferencia Internacional Americana, pertenecen a José Martí, *Nuestra América. Obras completas*, t. 6, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963.

no todos, porque México ya conoce el país, y de Chile dicen que no va a la gira, ni está, por lo que se sabe hasta ahora, la Argentina en el paseo, que no es para decidir, sino para mostrar a los huéspedes la grandeza y esplendor de las ciudades, y aquellas partes de las industrias que se pueden enseñar, a fin de que se les arraige la convicción de que es de la conveniencia de sus pueblos comprar los de éste y no de otros, aunque lo de éste sea más caro, sin ser en todo mejor, y aunque para comprar en él hayan de obligarse a no recibir ayuda ni aceptar tratos de ningún otro pueblo del mundo.

Adviértase que insiste el comentarista en su reticencia e ironía respecto a las realidades del caso que otros suelen ignorar o silenciar. En su peculiar estilo, continúa Martí advirtiendo que en virtud de este viaje, hasta mediados de noviembre no comenzarán las sesiones donde se debatirán “las ocho posiciones, en que política y comercio andan unidos”, y agrega, con desnuda franqueza:

Las entrañas del Congreso están como todas las entrañas, donde no se las ve. Los periódicos del país hablan conforme a su política. Cada grupo de Hispanoamérica [...] desaprueba el congreso o espera de él más disturbios que felicidades, o lo ve con gusto, si está entre los que creen que los Estados Unidos son un gigante de azúcar, con un brazo de Wendell Phillips y otro de Lincoln, que va a poner en la riqueza y en la libertad a los pueblos que no las saben conquistar de por sí propios, o es de los que han mudado ya para siempre domicilio e interés, y dicen mi país cuando hablan de los Estados Unidos, con los labios fríos como dos monedas de oro, dos labios de que se enjugan a escondidas, para que no se las conozcan sus nuevos compatriotas, las últimas gotas de leche materna.

Y como advirtiera el cronista que estaba profundizando demasiado, corrige enseguida: “Esto no es un estudio ahora: esto es crónica”. Hay otras alusiones interesantes a contradic-

ciones de la época en esa primera crónica sobre el Congreso, y también nombres y características de los delegados latinoamericanos y sus anfitriones, en detalles de primera mano de que fue testigo el cronista, como cónsul de Uruguay en Nueva York, presente en esas reuniones de acreditación de delegados.

La segunda crónica, fechada el 4 de octubre, se dedica a transcribir comentarios de la prensa norteamericana sobre el evento y a describir distintos actos oficiales, entre ellos la sesión previa en que fuera designado presidente del cónclave James G. Blaine, secretario de Estado del gabinete del entonces presidente de los Estados Unidos, Benjamín Harrison. Registra la actitud de algunos diarios que ponen al descubierto las intrigas de Blaine para lograr su designación contra la voluntad de Harrison, quien “no quiere que Blaine use como instrumento suyo y derecho mayor a la presidencia que viene, el Congreso en que el interés de la nación ha de estar por encima del de Blaine”. Algunos periódicos consignan que los delegados de Chile y Argentina protestaron por la designación de Blaine para presidir la conferencia.

Como por entonces los cubanos anexionistas pretendieron plantear sus soluciones a la conferencia, tales implicaciones no trascendieron en la correspondencia periodística de Martí, pero sí en su correspondencia particular. En extensa carta (29 de octubre de 1889) a Gonzalo de Quesada –quien actuaba como secretario del presidente de la delegación argentina, Roque Sáenz Peña–, se refiere Martí a una carta firmada J. M., enviada al diario habanero *La Discusión* desde Washington, donde se habla de una visita de cubanos a Blaine,

a favor de la anexión, en que la dan por prometida por Blaine, y al calce están mis iniciales: ¡Y en Cuba creen los naufragos, que se asen de todo, que es mía la carta, a pesar de que es una especie de anti-vindicación, y que yo estoy en tratos con Blaine, y lo demás que en Cuba puede suponerse de que los

revolucionarios de los Estados Unidos anden en arreglos con el gobierno norteamericano.

Y entra Martí enseguida a enjuiciar políticamente la cuestión:

En instantes en que el cansancio extremo de la Isla empieza a producir el espíritu y unión indispensables para intentar el único recurso, es coincidencia infortunada esta del Congreso, de donde nada práctico puede salir, a no ser lo que convenga a los intereses norteamericanos, que no son, por de contado, los nuestros [...] Creo, en redondo, peligroso para nuestra América o por lo menos inútil, el congreso internacional. Y para Cuba, sólo una ventaja le veo, dadas las relaciones amistosas de casi todas las Repúblicas con España, en lo oficial, y la reticencia y deseos ocultos o mal reprimidos de este país sobre nuestra tierra –la de compeler a los Estados Unidos, si se dejan compeler, por una proposición moderada y hábil, a reconocer que “Cuba debe ser independiente”

[Ya sentadas tales lúcidas razones, prosigue Martí fundamentando su acertado criterio]. Por mi propia inclinación, y por el recelo –a mi juicio justificado– con que veo el congreso, y todo cuanto tienda a acercar o identificar en lo político a este país y los nuestros nunca hubiera pensado yo en sentar el precedente de poner a debate nuestra fortuna, en un cuerpo donde, por su influjo de pueblo mayor, y por el aire del país, han de tener los Estados Unidos parte principal. Pero la predilección personal no puede venir de las pasiones, debe ceder el paso, en lo que no sea cosa de honor a la predilección general; y pronto entendí que era inevitable que el asunto de Cuba se presentase ante el congreso, de un modo o de otro, y en lo que había que pensar era en presentarlo del modo más útil. Para mí no lo es ninguno que no le garantice a Cuba su absoluta independencia.

Después de esa resuelta afirmación a la que siempre permaneció fiel y que hemos hecho parte de nuestro ser los

genuinos hijos de esta tierra, continuaba Martí vislumbrando algo que sucedería, por desgracia, tras su muerte en combate, en lo que acertó, para ignominia que habría de borrar la Revolución Cubana triunfante en 1959:

Para que la Isla sea norteamericana no necesitamos hacer ningún esfuerzo, porque, si no aprovechamos el poco tiempo que nos queda para impedir que lo sea, por su propia descomposición vendrá a hacerlo. Eso espera este país. Y a eso debemos oponernos nosotros. Lo que del Congreso se habría de obtener era, pues, una recomendación que llevase aparejado el reconocimiento de nuestro derecho a la independencia y de nuestra capacidad para ella, de parte del gobierno norteamericano —que, en toda probabilidad, ni esto querrá hacer, ni decir cosas que en lo menor ponga en duda para lo futuro, o comprometa por respetos expresos anteriores, su título al dominio de la Isla.

Muy consciente de la realidad política y económica de su tiempo y en particular de los rumbos agresivos de la plutocracia norteamericana, proseguía Martí su reveladora epístola a Quesada:

De los pueblos de Hispano-América, ya lo sabemos todo: allí están nuestras cajas y nuestra libertad. De quien necesitamos saber es de los Estados Unidos, que está a nuestra puerta como un enigma, por lo menos. Y un pueblo en la angustia del nuestro necesita despejar el enigma; arrancar de quien pudiera desconocerlos la promesa de respetar los derechos que supiésemos adquirir con nuestro empuje, saber cuál es la posición de este vecino codicioso, que confesamente nos desea, antes de lanzarnos a una guerra que parece inevitable, y pudiera ser inútil, por la determinación callada del vecino de oponerse a ella otra vez, como medio de dejar la Isla en estado de traerla más tarde a sus manos, y que sin un crimen político, a que sólo con la intriga se atrevería, no podría echarse sobre ella cuando viviera ordenada y libre.

La cita se prolonga, pero parece necesario recordarla, para que pueda apreciarse una vez más el genio cívico de nuestro Apóstol y su estrategia diplomática en aquella notable circunstancia internacional. Su convicción de la permanente amenaza de las garras del águila en acecho, hace más dramático el proceso de la actitud de Martí ante esa primera conferencia interamericana. Añadía el maestro en su carta a Gonzalo de Quesada que había pensado dirigir una exposición al Congreso donde cupiesen todas las opiniones, para que no encontrase obstáculos.

Eso tenía pensado, contando con que en el Congreso no nos han de faltar amigos que nos ayudasen a aclarar nuestro problema, por simpatía o por piedad [...] Del Congreso, pues, me prometía yo sacar este resultado: la imposibilidad de que, en una nueva guerra de Cuba, volviesen a ser los Estados Unidos, por su propio interés, los aliados de España.

Pero el anexionista José Ignacio Rodríguez se había adelantado a redactar y presentar otra exposición conforme a sus proyecciones, de lo que informaba Quesada en carta que Martí estaba contestando. Sin dejar de expresar sus consideraciones de orden personal a Rodríguez –quien actuaba en la Conferencia como secretario de las comisiones de Derecho Internacional y de Extradición, como intérprete y, finalmente como secretario de la reunión–, Martí expresa justificados reparos al texto, y luego de hacer alusión a una de las especificaciones de la proposición anexionista, formulaba consideraciones que por desgracia fueron proféticas:

Y una vez en Cuba los Estados Unidos ¿quién los saca de ella? Ni ¿por qué ha de quedar Cuba en América, como según este precedente quedaría, a manera –no del pueblo que es, propio y capaz–, sino como una nacionalidad artificial, creada por razones estratégicas? Base más segura quiero para mi pueblo. Ese

plan, en sus resultados, sería un modo directo de anexión. Y su simple presentación lo es.

El texto del documento aparece en la conocida obra de José Ignacio Rodríguez, *La anexión de la isla de Cuba a los Estados Unidos de América*, publicada en La Habana en 1900. En ella se informa que el documento fue entregado al senador por la Florida Wilkinson Call, para que lo presentase al Senado norteamericano –como así lo hizo en diciembre de 1889–, para que “sirviese de antecedente de pauta a los delegados” de la Conferencia Internacional Americana, y consistía en una declaración por la que el Senado y la Cámara de los Estados Unidos resolvían:

que se suplique al Presidente, autorizándolo al efecto para ello, que abra negociaciones con el gobierno de España a fin de inducir a dicho gobierno a que consienta en el establecimiento en la isla de Cuba de una república libre e independiente, a condición de que Cuba le pague una suma equivalente al valor de las propiedades del Estado, y al abandono de su soberanía sobre la Isla, y le asegure por tratado las ventajas comerciales que se estimen justas.

UN ANÁLISIS MAGISTRAL DEL ORIGEN Y OBJETIVOS DE LA CONFERENCIA

Hasta ahora, puede advertirse en qué medida las actividades previas a la Conferencia van presentándole a Martí, gradualmente, nuevos ángulos de interés por su significación para los países latinoamericanos en general y para Cuba en particular. Sus diversas reacciones se manifiestan sin ambages, tanto en la correspondencia periodística como en la privada. Pero en tanto que se acerca el inicio oficial de las sesiones y va conociendo todos los factores que se mueven en torno

a la reunión –aún antes de comenzar las labores formales del cónclave–, es natural que se sienta impulsado a realizar un análisis profundo de esa primera tentativa del imperalismo de controlar los resortes vitales de la vida económica hispanoamericana, a través de un organismo continental de naciones.

Ese análisis, que muestra la capacidad crítica de Martí y su penetración de los problemas fundamentales de la sociedad de su tiempo, conforma la correspondencia enviada a *La Nación* de Buenos Aires con fecha 2 de noviembre de 1889, bajo el título de “Congreso Internacional de Washington. Su historia, sus elementos y sus tendencias”. Puede considerarse un excepcional ensayo político, donde se vuelca lo sustancial del pensamiento martiano respecto del fenómeno de la expansión del capital financiero de los Estados Unidos hacia el Sur. Este brillante análisis, donde a los valores del contenido se agrega la peculiar excelencia del estilo de su autor, fue publicado por el diario bonaerense en dos partes, en sus ediciones del 19 y del 20 de diciembre de 1889. Pero su mérito y utilidad no caducan, como de inmediato se advierte:

Termina ya el paseo de los delegados y están a reunirse las sesiones del Congreso Internacional. Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia ni pida examen más claro y minucioso que el convite que los Estados Unidos potentes, repleto de productos invendibles y determinados a extender su dominio en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo.

A continuación, formularía el maestro la conocida sentencia que continúa gravitando sobre la conciencia latinoamericana, por su fundada exigencia de un deber incumplido, y que denota la gravedad que atribuía él a la reunión:

De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.

Y proseguía Martí, con su larga y profunda mirada y su pasión latinoamericana:

En cosas de tanto interés la alarma falsa fuera tan culpable como el disimulo. Ni se ha de exagerar lo que se ve, ni de torcerlo ni de callarlo. Los peligros no se han de ver cuando se les tiene encima, sino cuando se les puede evitar. Lo primero en política, es aclarar y prever. Sólo una respuesta unánime y viril para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede libertar de una vez a los pueblos españoles de América de la inquietud y la perturbación, fatales en su hora de desarrollo, en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del universo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse para su dominio.

Después de tan certero enjuiciamiento, Martí se extiende en un severo análisis del proceso de formación de los Estados Unidos y de su vocación imperialista, que fue inconsecuente con movimientos de libertad tan importantes como la Revolución Francesa y la guerra de independencia hispanoamericana; y después de subrayar el creciente afán de expansión y de dominio de los Estados Unidos, proclamado por ideólogos y poetas del imperio, prosigue Martí:

Y cuando un pueblo rapaz de raíz, criado en la esperanza y certidumbre de la posesión del continente, llega a serlo con la espuela de los celos de Europa y de su ambición de pueblo universal como la garantía indispensable de su poder futuro, y el mercado obligatorio y único de la producción falsa que cree necesario mantener, y aumentar para que no decaigan su influjo y su fausto, urge ponerles cuantos frenos se puedan fraguar, con el pudor de las ideas, el aumento rápido y hábil de los intereses opuestos, el ajuste franco y pronto de cuantos tengan la misma razón de temer, y la declaración de la verdad. La simpatía por los pueblos libres dura hasta que hacen traición a la libertad; o ponen en riesgo la de nuestra patria.

Así trazaba Martí, con vigor y realidad supremos, los sombríos rasgos del cuadro histórico en el que Estados Unidos convocaba la conferencia, hacia la cual se mostraban contrarios, por previsión o interés político, algunos factores a los que el periodista hacía ligera referencia, para entrar en seguida en el análisis de los orígenes de la reunión. Recuerda que la idea de la misma nació “en días culpables”, cuando Blaine, como secretario de Estado del presidente James A. Gameld, se inmiscuyó en el conflicto entre Chile y Perú para favorecer intereses privados norteamericanos, buen precedente para que los capitalistas vieran:

que era posible convertir en su agencia particular la Secretaría de Estado de la nación. Se unieron el interés privado y político de un candidato sagaz (Blaine), la necesidad exigente de los proveedores del partido, la tradición del dominio continental perpetuada en la república, y el caso de ponerla a prueba en un país revuelto y débil.

Fue así como surgió de la secretaría de Blaine el proyecto de la Conferencia, “con el crédito de la leyenda, el estímulo oculto de los intereses y la magia que a los ojos del vulgo tienen siempre la novedad y la osadía”. Pero el asesinato del

presidente Garfield en 1881 (acontecimiento del que hizo Martí sensacionales reportajes), hizo salir a Blaine de la secretaría de Estado, y la idea de la conferencia panamericana quedó aplazada, no sin que una comisión oficial norteamericana visitase por aquellos días algunos países latinoamericanos para “estudiar las causas de que fuera tan desigual el comercio y tan poco animada la amistad entre las dos nacionalidades del continente”. Hablaron del Congreso en el camino y lo recomendaron a la Cámara y al Senado a su vuelta a Washington.

En esa oportunidad del regreso de la comisión, estaba en el poder el Partido Demócrata que, al decir de Martí, no hubiera prohijado la idea de la conferencia, “por tener en la mente, con la reducción nacional del costo de la vida y de la manufactura, el modo franco y legítimo de estrechar la amistad con los pueblos libres de América”. Pero las fuerzas proteccionistas habían crecido demasiado y, agregaba Martí,

no puede oponerse impunemente un partido político a los proyectos que tienden, en todo lo que se ve, a robustecer el influjo y el tráfico del país; ni hubiera valido a los demócratas poner en claro los intereses censurables que originaron el proyecto, porque en sus mismas filas ya muy trabajadas por la división de opiniones económicas, encontraban apoyo decisivo los industriales necesitados de consumidores, y las compañías de buques, que pagan con largueza en uno u otro partido a quienes las ayudan. La autoridad creciente de Cleveland, caudillo de las reformas, apretaba la unión de los proteccionistas de ambos partidos, y preparaba la liga formidable de intereses que derrotó en un esfuerzo postrero su candidatura. La angustia de los industriales había crecido tanto desde 1881, cuando se tachó la idea del congreso de osadía censurable, que en 1888, cuando aprobaron la convocatoria las dos casas [ambos cuerpos colegisladores] fue recibida por la mucha necesidad de vender, más natural y provechosa que antes. Y de este modo vino a parecer unánime, y como acordado por los dos bandos del país, el pro-

yecto nacido de la conjunción de los intereses proteccionistas con la necesidad política de un candidato astuto.

Continuaba el análisis de Martí señalando el trasfondo financiero predominante en la política norteamericana, entonces con otros factores pero con semejantes efectos ajenos a la ética y a los intereses ciudadanos:

Los caudales proteccionistas echaron a Cleveland de la Presidencia. Los magnates republicanos tienen parte confesa en las industrias amparadas por la protección. Los de la lana contribuyeron a las elecciones con sumas cuantiosas, porque los republicanos se obligaban a no rebajar los derechos de la lana. Los del plomo contribuyeron para que los republicanos cerrasen la frontera al plomo de México. Y los del azúcar. Y los del cobre. Y los de los cueros, que hicieron ofrecer la creación de un derecho de entrada. El congreso estaba lejos. Se prometía a los manufactureros el mercado de las Américas; se hablaba, como con antifaz, de derechos misteriosos y de “resultados inevitables”; a los criadores y extractores se les prometió tener cerrados a los productos de afuera el mercado doméstico; no se decía que la compra de las manufacturas por los pueblos españoles habría de recompensarse comprándoles sus productos primos.

En definitiva, al realizarse el congreso, se combinan las aspiraciones electorales y las contradicciones entre los intereses de los manufactureros con los de los criadores y extractores, y en general las urgencias de los proteccionistas, para crear una situación que Martí no vacila en señalar que con ella se ha impuesto “el planteamiento desembozado de la era del predominio de los Estados Unidos sobre los pueblos de la América”. Y agrega con la seguridad de quien ya sabe penetrar en los secretos de la historia:

Y es lícito afirmar esto, a pesar de la aparente mansedumbre de la convocatoria, porque a ésta, que versa sobre las relaciones

de los Estados Unidos con los demás pueblos americanos, no se la puede ver como desligada de las relaciones, y tentativas, y atentados confesos de los Estados Unidos en la América, en los instantes mismos de la reunión de sus pueblos, si bien que por lo que son estas relaciones presentes se ha de entender cómo serán, y para qué, las venideras, y luego de inducir la naturaleza y objeto de las amistades proyectadas, habrá de estudiarse a cuál de las dos Américas convienen, y si son absolutamente necesarias para su paz y vida común, o si estarán mejor como amigas naturales sobre bases libres, que como coro sujeto a un pueblo e intereses distintos, composición híbrida y problemas pavorosos, resuelto a entrar, antes de tener arreglada su casa, en desafío arrogante, y acaso pueril, con el mundo.

Sentados estos razonamientos, concluye el maestro con su previsor alarmar; ante la tácita disyuntiva, expuesta con tajante crudeza:

Y cuando se determine si los pueblos que han sabido fundarse por sí, y mejor mientras más lejos, deben abdicar su soberanía en favor del que con más obligación de ayudarles no les ayudó jamás, y si conviene poner clara, y donde el universo la vea la determinación de vivir en la salud de la verdad, sin alianzas innecesarias con un pueblo agresivo de otra composición y fin, antes de que la demanda de alianza forzosa se encone y haga caso de vanidad y punto de honra nacional –lo que habrá de estudiarse serán los elementos del congreso, en sí y en lo que de afuera influye él, para augurar si son más las probabilidades de que se reconozcan, siquiera sea para recomendación, los títulos de patrocinio y prominencia en el continente, de un pueblo que comienza a mirar como privilegio suyo la libertad, que es aspiración universal y perenne del hombre, y a invocarla para privar a los pueblos de ella–, o de que en esta primera tentativa de dominio, declarada en el exceso impropio de sus pretensiones, y en los trabajos coetáneos de expansión territorial e influencia desmedida, sean más, si no todos, como debieran ser los pueblos que, con la entereza de la razón y la seguridad en que están

aún, den noticia decisiva de su renuncia a tomar señor, que los que por un miedo a que sólo habrá causa cuando hayan empezado a ceder y reconocido la supremacía, se postren, en vez de esquivado con habilidad, al paso del Juggernaut desdeñoso, que adelanta en triunfo entre turiferarios alquilones de la tierra invasora aplastando cabezas de siervos.

Nunca antes en nuestra América habíase advertido en el tono y voz requeridos, el enorme peligro de la desnuda voracidad imperialista de Estados Unidos, gritada desde sus mismas entrañas en momento preciso como aquel. Y como corolario de esta primera parte de su penetrante análisis, agregaba Martí –sin temblar ante el uso del Juggernaut (“señor del mundo”, en sentido místico, de Krishna), atribuido a un enorme vehículo de madera que carga a los fieles en rituales hindúes y al que quieren subir todos sus fanáticos):

El *Sun* de Nueva York, lo decía ayer: “El que no quiera que lo aplaste el Juggernaut, súbase en su carro”. Mejor será cerrarle al carro el camino./ Para eso es el genio para vencer la fuerza con la habilidad. Al carro se subieron los tejanos, y con el incendio a la espalda, como zorros rabiosos, o con los muertos de la casa a la grupa, tuvieron que salir, descalzos y hambrientos, de su tierra de Texas.

Después del profundo y pormenorizado análisis de los procedimientos coercitivos de la política exterior norteamericana y de sus propósitos de dominio continental –el primero, repetimos, de autor latinoamericano–, pasa Martí a la segunda parte de esta correspondencia a *La Nación* de Buenos Aires, comenzando con breve referencia a la agenda del congreso, que incluía estos puntos: fomento de líneas de vapores entre los distintos países, unificación de documentos mercantiles y despachos de aduana, uniformidad de pesas y medidas, leyes sobre marcas y privilegios, extradición de criminales, moneda común...

Excelente cosa sería el arbitraje –escribe Martí al comentar este punto de la agenda– si en estos mismos meses hubiesen dado prueba de quererlo realmente los Estados Unidos en su vecindad, proponiéndolo a los dos bandos de Haití, en vez de proveer de armas al bando que le ha ofrecido cederle la península de San Nicolás, para echar del país al gobierno legítimo, que no se la quiso ceder.

Una vez que muestra esta falacia norteamericana, señala Martí los peligros de una unión aduanera de la América Latina con los Estados Unidos, por cuanto éstos serían los únicos beneficiados por lograr con ella la colocación fácil de sus productos manufacturados, y, entre otras razones, menciona una de las que no ha perdido vigencia:

Sobre que sería inmoral e ingrato, caso de ser posible por las obligaciones previas, despojar del derecho de vender en los países de América sus productos baratos a los pueblos que sin pedirles sumisión política les adelantan caudales y les conceden créditos, para poner en condición de vender sus productos caros e inferiores a un pueblo que no abre créditos ni adelanta caudales sino donde hay minas abiertas y provechos visibles, y exige además la sumisión.

Y sigue en esa crónica del clarividente revolucionario cubano aquella advertencia bastante repetida y que en nuestros días debe ser divulgada sin descanso:

¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se prepara a librar con el resto del mundo? ¿Por qué han de pelear sobre las repúblicas de América sus batallas con Europa, y ensayar en pueblos libres su sistema de colonización? ¿Por qué tan deseosos de entrar en la casa ajena, mientras los que quieren echar de ella se les están entrando en la propia? ¿Por qué ajustar en la sala del congreso proyectos de reciprocidad con todos los pueblos americanos cuando un proyecto

de reciprocidad, el de México, ajustado entre los dos gobiernos con ventajas mutuas espera en vano de años atrás la sanción del Congreso, porque se oponen a él con detrimento del interés general de la nación, los intereses especiales heridos en el tratado?

Se ofrecen por Martí, en su sensacional análisis, otros ejemplos del desdén de los Estados Unidos hacia esos compromisos si lesionan intereses proteccionistas, y advierte que los tratados que se acuerden los hará Norteamérica a sabiendas de que serán rechazados por el poder legislativo. A continuación transcribe el periodista comentarios de prensa donde se pone en evidencia a Blaine en su jugada política como aspirante presidencial y asimismo se detallan todas las incurSIONES del imperialismo yanqui en distintos países de nuestra América, cosa que los periódicos reflejan con insolencia, reclamando “formar una unión de todo el norte del continente con la bandera de las estrellas desde los hielos hasta el Istmo, y de océano a océano”.

En su examen a todo lo que atañe a la conferencia, Martí revisa también las voces descreídas o pesimistas que consideren que aquella “no ha de ser más que junta nula, o bandera de la campaña presidencial o pretexto de una cacería de subvenciones”, y aboga por una actitud decorosa y alerta de la América Latina frente a la penetración imperialista. Fustiga lo que aún hoy es preciso fustigar:

¿A qué invocar, para extender el dominio en América, la doctrina que nació tanto de Monroe como de Canning, para impedir en América el dominio extranjero, para asegurar la libertad de un continente? ¿O se ha de invocar el dogma contra un extranjero para traer a otro? ¿O se quita la extranjería, que está en el carácter distinto, en los distintos intereses, en los propósitos distintos, por vestirse de libertad, y privar de ella con los hechos, o porque viene con el extranjero el veneno de los empréstitos, de los canales, de los ferrocarriles?

LA PRÉDICA INCANSABLE

En víspera de iniciar sus sesiones la conferencia, ésta será, según Martí:

el recuento del honor, en que se ve a quienes defienden con energía y medida la independencia de la América Española, donde está el equilibrio del mundo; o si hay naciones capaces, por el miedo o el deslumbramiento, o el hábito de servidumbre, o el interés de consentir; sobre el continente ocupado por dos pueblos de naturaleza y objetos distintos, en mermar con su deserción las fuerzas indispensables, y ya pocas, con que podrá la familia de una nacionalidad contener con el respeto que imponga y la cordura que demuestre, la tentativa de predominio, confirmada por los hechos coetáneos, de un pueblo criado en la esperanza de la dominación continental a la hora en que se pintan, en apogeo común, el ansia de mercados de sus industrias plétóricas, la ocasión de imponer a naciones lejanas y a vecinos débiles, el protectorado ofrecido en las profecías, la fuerza material necesaria para el acontecimiento, y la ambición de un político rapaz y atrevido.

El 12 de noviembre de 1889, en carta a Gonzalo de Quesada, nuevamente tocó Martí el tema de la proposición anexionista que se pretendía presentar ante la conferencia a punto de comenzar sus sesiones. En ella se duele de algunas interpretaciones de Quesada a su actitud ante determinadas maniobras yanquis, y expresa:

Pero lo que soy, lo soy, y no me deslumbro, ni me desvío, ni cedo por interés alguno de renombre pasajero, o popularidad demasiado costosa, o autoridad futura, a lo que creo que, so pretexto de acelerada, pone en riesgo, tal vez mortal, la libertad de mi país. Cambiar de dueño, no es ser libre. Yo quiero de veras la independencia de mi patria; pero no creo que esos planes de garantía ayudan a la independencia, a no ser como medio

para beneficiar con ella a los que no tienen interés en verla lograda, sino de impedirla.³

Naturalmente, se refería Martí a la proposición redactada por José Ignacio Rodríguez y otros anexionistas que trabajaban como funcionarios de la conferencia, y que habrán entregado al Senador Call para que éste la presentase al Congreso norteamericano y figurara como antecedente oficial para forzar su tratamiento en la reunión interamericana.

Según ese proyecto, como se recordará, los Estados Unidos entregarían una indemnización a España para que “concediera” la independencia de Cuba... financiada por el gobierno de Washington...

Lo que padecía Martí por esa maniobra y por los peligros que veía cernirse sobre todas las naciones de nuestra América, lo expresó nuevamente en carta personal esta vez al patriota Serafín Bello, en 16 de noviembre de aquel año de 1889:

Tiene métodos muy sutiles la ambición poderosa, y sería preciso que estuviese aquí, y aún estando no lo vería acaso bien para entender cuánto estrago hace hasta en los más fieles, la esperanza funesta, y enteramente secundada por los mismos nuestros, por interés o por fanatismo, de que a Cuba le ha de venir algún bien de un Congreso de naciones americanas donde, por grande e increíble desventura, son tal vez más las que se disponen a ayudar al gobierno de Estados Unidos a apoderarse de Cuba, que las que comprendan que les va su tranquilidad, y acaso lo real de su independencia, en consentir que se quede la llave de la otra América en estas manos extrañas.

³ Todas las citas y referencias de la correspondencia privada de José Martí, han sido tomadas de su obra, Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla (comps.), *Epistolario*, La Habana, Centro de Estudios Martianos/Editorial de Ciencias Sociales, 1993, 5 tomos.

Es en esta misiva amistosa donde añade este párrafo en el que, desde la más profunda intimidad, expresa la inquietud e incertidumbre de nuestros pueblos:

Llegó ciertamente para este país, apurado por el proteccionismo, la hora de sacar a plaza su agresión latente, y como ni sobre México ni sobre el Canadá se atreve a poner los ojos, los pone sobre las islas del Pacífico, y sobre las Antillas, sobre nosotros. Podríamos impedirlo, con habilidad y recursos; que los arranques y la claridad de juicio, pueden con buen manejo, vencer a la fuerza. En la soledad en que me veo –porque cual más cual menos espera lo que abomino– lo he de impedir, he de implorar, estoy implorando, pongo al servicio de mi patria en el silencio todo el crédito que he podido irle dando en esas tierras hermanas a mi nombre. Con dos o tres leales haré cuanto pueda, y acaso, como parte de estos trabajos, publique dentro de muy pocos días, en cuanto pueda hacerlo con decoro, una hoja donde con el alma que Vd. conoce, diga la verdad, y junte, sin miedo a tibios y a señores, a los que deben estar juntos.

No terminaba el agónico desahogo sino en este párrafo clamoroso:

Del Cayo quiero ver surgir una admirable protesta. Que de allí nazca, porque de allí tiene derecho a nacer. Pero con propósito y pensamiento que no se queden allí. Es preciso que Cuba sepa quienes y para qué, quieren aquí la anexión. De Cuba, en la desesperación, la anhelan los que guían; no la juventud, no la población mayor. La corriente es mucha, y nunca han estado tan al converger los anexionistas ciegos de la Isla, y los anexionistas *yankees*. Para mí, sería morir. Y para nuestra patria. No es mi pasión la que me da fuerzas para luchar, solo, en la verdad de las cosas, sino mi certidumbre de que de semejante fin sólo esperan a nuestra tierra las desdichas y el éxodo de Texas, y de que el predominio norteamericano que se intenta en el continente haría el mismo éxodo, en las cercanías sumidas al menos, odioso e inseguro.

En otra carta de 16 de ese mismo noviembre, a Gonzalo de Quesada, hace comentarios sobre el ambiente de la conferencia, y quien escribe es quien ya prepara la guerra de independencia:

Son algunos los vendidos y muchos los venales; pero de un bufido del honor pueden echarse atrás a los que, por hábito de rebaño, o el apetito de las lentejas, se salen de las filas en cuanto oyen el látigo que los convoca, o ven el plato puesto. El interés de lo que queda de honra en la América Latina –el respeto que impone un pueblo decoroso [...] y la posibilidad de obtener nuestra independencia antes de que le sea permitido a este pueblo por los nuestros extenderse sobre sus cercanías, y regidos todos: he ahí nuestros aliados, y con ellos emprendo la lucha [...] Con la energía de la honradez, se pueden cruzar aceros contra los fuertes arrogantes, y aunque les vayan levantando la mano los que, por su defensa y la nuestra, se debían poner frente a ellos. Yo sé lo que yo hacía, y lo que puedo hacer, y cuán pronto lo haría. Y lo que pueda, lo haré.

Hasta el 11 de diciembre, no vuelve Martí a referirse a la conferencia, en sus crónicas a *La Nación*, esta vez para consignar los acuerdos de una sesión preparatoria, sobre temas de organización interior y de distribución de las responsabilidades operativas de cada delegación del congreso, que entra en receso con motivo de las celebraciones pascuales. No omite los aplausos que recibió la delegación del Brasil al anunciarse que representaba a la nueva república, por derrocamiento del régimen imperial, pero tampoco el anuncio del *Post*, de Washington, de haberse presentado al Senado la proposición “para adquirir la isla de Cuba”.

Es natural que Martí continuara en tensión, ante las pésimas perspectivas del ambiente oficial de la conferencia, a la que lo vinculaba por igual su militancia revolucionaria cubana, su sensible vocación latinoamericana y su responsa-

bilidad periodística. Todo ello además de problemas conyugales y obligaciones de trabajo. Desahogo a su confidente y amigo mexicano Manuel Mercado, en carta de diciembre de aquel año:

Yo prometí escribir a usted largo, y en el no hacerlo se han juntado la piedad de dar más que leer a quien ya tiene tanto –el afán en que vivo con el trabajo de siempre en los talones– y la pena de pensar en lo que tanto me ha atribulado y descompuesto en estos últimos meses, viendo cómo se iba envolviendo alrededor de mi tierra, y de mis tierras de América, una red de que todas, menos la mía tal vez, se pueden aún salvar. Yo no hablo de mis penas personales, porque me han dado la puñalada de muerte, no pienso en ellas. Las callo, y me comen; pero no llegan hasta mi juicio.

La puñalada, como se sabe, fue la decisión de su esposa de regresar a Cuba al amparo del pabellón español después de breve estancia en su hogar neoyorquino, llevándose consigo al hijo de ambos (Recuérdese en *Versos sencillos*: “He visto vivir a un hombre/ con el puñal al costado,/ sin decir jamás el nombre/ de aquella que lo ha matado”). Volviéndose hacia las otras penas que le obligaban a vivir en agonía, agregaba Martí en la carta a Mercado, su fraterno amigo mexicano:

Lo que casi me ha sacado la tierra de los pies es el peligro en que veo a mi tierra de ir cayendo poco a poco en manos que la han de ahogar; y porque no le parezca adulación no le digo que esta pena es casi tan viva, ¿y por qué no tan viva?, por los pueblos del mismo origen y composición que por el mío. Pero me pasa con los peligros de este orden que la inquietud me dura en ese estado mientras veo que se pueden evitar, y me revuelvo en vano para encontrar ayuda, y no se evitan. Luego, cuando el peligro está cara a cara, la suerte se me serena. Yo no veo sufrir a mi alrededor con tanta viveza por estas cosas que a mi me quitan el poco gusto que tengo en vivir. Los mismos que ven

lo que yo veo, y me lo confirman con su observación, padecen menos, porque se sienten dueños de su tierra libre.

En 13 de diciembre, Martí vuelca a Gonzalo de Quesada las mismas penas, pero al siguiente día, vuelve a escribirle, y observa complacido: “En las cosas de la conferencia veo con júbilo que la Argentina crece en autoridad”, pero expresa con angustia:

Sobre nuestra tierra, Gonzalo, hay otro plan más tenebroso que lo que hasta ahora conocemos y es el inicio de forzar a la Isla, de precipitarla a la guerra, para tener pretexto de intervenir en ella, y con el crédito de mediador y de garantizador, quedarse con ella. ¡Cosa más cobarde no hay en los anales de los pueblos libres! Ni maldad más fría. ¿Morir para dar pie en qué levantarse a estas gentes que nos empujan a la muerte para su beneficio? Valen más nuestras vidas, y es necesario que la Isla sepa a tiempo esto. ¡Y hay cubanos, cubanos, que sirven, con alardes disimulados de patriotismo, estos intereses!

Mientras ese peligro subsiste, Martí padece, pero no descansa en denunciar el peligro, por todos los medios a su alcance. El 30 de noviembre de 1889, tuvo ocasión de hablar ante los delegados latinoamericanos, en un acto celebrado en el Hardman Hall, de Nueva York, El tema de su discurso fue la vida y obra del poeta cubano José María Heredia (1803-1839), el primero que cantó a la revolución de independencia de la Isla. No desaprovechó el inspirado orador la ocasión para recordar cómo los Estados Unidos malograron el intento de Simón Bolívar de propiciar la libertad de Cuba en el Congreso de Panamá, en 1826, y lo hizo, dentro del aliento lírico de su discurso, a manera de parábola, como las que escribía por entonces para su revista *La Edad de Oro*:

Por su patria había querido él y por la patria mayor de nuestra América, que las repúblicas libres echaran sus brazos al único

pueblo de la familia emancipada que besaba aún los pies del dueño enfurecido: “Vaya”, decía, “la América libre a rescatar la Isla que la naturaleza le puso de pórtico y guardia”. Piafaba aún, cubierto de espuma, el continente, flamígero el ojo y palpitantes los ijares, de la carrera en que habían paseado el estandarte del sol San Martín y Bolívar: ¡entre en la mar el caballo libertador y eche de Cuba, de una pechada, al déspota mal seguro! Y ya ponía Bolívar el pie en el estribo, cuando un hombre que hablaba inglés, y que venía del Norte con papeles del gobierno, le asió el caballo de la brida, y le habló así: “¡Yo soy libre, tú eres libre, pero ese pueblo que ha de ser mío porque lo quiero para mí, no puede ser libre!”. Y al ver Heredia criminal a la libertad, y ambiciosa como la tiranía, se cubrió el rostro con la capa de tempestad, y comenzó a morir.⁴

Y al evocar Martí ante los delegados la oda “Niágara”, obra maestra de Heredia, con voz que no podían olvidar los representantes de las naciones latinoamericanas, expresó:

Pídele ¡oh Niágara! al que da y quita, que sean libres y justos todos los pueblos de la tierra; que no emplee pueblo alguno el poder obtenido por la libertad, en arrebatarla a los que se han mostrado dignos de ella; que si un pueblo osa poner la mano sobre otro, no lo ayuden al robo, sin que te salgan, oh Niágara, de los bordes, los hermanos del pueblo desamparado!

Al escribirle a Mercado, sobre este discurso (en fecha 24 de diciembre de 1889), Martí subraya que lo dijo ante los delegados, “para que resonase en Cuba, y para atraer la atención sobre mi tierra y sobre las tuyas, y más sobre las tuyas que sobre la mía esta vez”, y agregaba:

Y era mi objeto, porque lo veo y sé, dejar oír en esta tierra, harta de lisonjas que desprecia, y no merece, una voz que no tiembla

⁴ “Heredia”, discurso pronunciado en Hardman Hall, Nueva York, en José Martí, *Obras completas*, núm. 2, t. 5, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2001, p. 165.

ni pide –y llamar la atención sobre la política de intriga y división que acá se sigue, con daño general de nuestra América e inmediato del país que después del mío quiero en ella más– en las tierras confusas y rendidas de Centroamérica.

Lamentábase Martí en su carta de no disponer de “una tribuna constante”, y terminaba con esta concluyente afirmación: “Pero mientras viva, velo. Quiero libre a mi tierra, y a mi América, libre”.

De nuevo habló a los delegados en Nueva York, el 19 de diciembre, en la velada artístico-literaria ofrecida por la Sociedad Literaria Hispanoamericana. En discurso pleno de inspiración americanista, trazó una síntesis admirable del proceso de formación de “los dos pueblos” distintos del continente, situado uno al Norte y otro al Sur, y concluía:

A unos nos ha echado aquí la tormenta; a otros, la leyenda; a otros, el comercio; a otros, la determinación de escribir, en una tierra que no es libre todavía, la última estrofa del poema de 1810 [...] Pero por grande que esta tierra sea, y por ungida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tener a mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez.⁵

LA VICTORIA PARCIAL

Felizmente, el curso de la conferencia dio suficientes motivos para aplacar gradualmente la tensión de Martí. Hay referencias parciales a las labores del prolongado cónclave en sucesivas correspondencias periodísticas: a *La Nación*, del 3

⁵ *Ibid.*

de febrero de 1890; a *El Partido Liberal*, de México, del 13 de marzo; y otra vez al diario argentino, del 31 de marzo de aquel año. En cada información suya, el maestro se preocupa por destacar cuanto demuestre personalidad propia y carácter de los delegados latinoamericanos, y, por contraste, cuanto ponga en evidencia la actitud arrogante y agresiva de los delegados norteamericanos y cuanto los ridiculice. Estimula constantemente, como le era habitual el espíritu de identidad de los pueblos del mismo origen, y las naturales diferencias con el vecino poderoso de otro origen y de distintos idiomas y costumbres.

Destaca Martí –en su larga crónica del 31 de marzo–, el sensacional discurso del delegado argentino, Roque Sáenz Peña, contra el proyecto de arbitraje presentado por la delegación norteamericana, y los comentarios que suscitó.

Porque no estuvo, a lo que parece, la fuerza del discurso en argüir contra el Zollverein, que está fuera de todo sentido, y con el dedo meñique se echa abajo, sin más que recordar que el alemán, que se saca de modelo, vivió por la política, que es justamente lo que en este caso no ha de ser, –y porque fue la primera forma posible el pensamiento unánime de la unificación nacional, que en Alemania era tendencia justa por ser todos de unos mismos padres, mientras que en América no cabe, por estar poblada por dos naciones que pueden visitarse como amigos, y tratarse sin pelear, pero no echar por un camino, porque una quiere echarse sobre el mundo, mientras que la otra le quiere abrir los brazos.

Se advierte en la crónica que el periodista recoge las palabras del prócer argentino como propias, por el entusiasmo con que las transcribe:

Ni en eso estuvo la fuerza del discurso; ni en poner de relieve los yerros económicos del norte, y la puerilidad de pretender

que los pueblos a cuyos frutos cierra las puertas se obliguen a comprarle caro lo que les ofrecen barato los pueblos que les abren la puerta de par en par; ni en la claridad con que probó que estaba fuera del programa expreso de la conferencia y fuera de las prácticas internacionales y fuera del interés mismo de los Estados Unidos, recomendar como con el apoyo principal del ministro de México había recomendado la comisión, que se celebren tratados de reciprocidad, porque si a reciprocidades vamos, ¿cómo podremos los argentinos conformarnos a ella sino gravando el pino y las máquinas, y el petróleo de los Estados Unidos con el mismo sesenta por ciento con que nos gravan los Estados Unidos nuestras lanas?

Aún siguieron más argumentos y antecedentes sobre la falacia de la reciprocidad. Y Martí corona así su admirable crónica sobre las palabras de quien años después rigió los destinos de la República Argentina, subrayando los elementos del perfecto polemista:

En la fuerza tranquila, presente desde las primeras frases, parece haber estado el mérito saliente del discurso de Sáenz Peña; en aquel sentir tan alto la patria en el corazón, que con toda ella se presenta, robusto y orgulloso y con tal fe que nadie la ofende ni la duda, sino que la respetan y juzgan por la energía y poder que infunde en sus hijos; y en el mérito mayor, en cosas de diplomacia, de no dar dictamen que no lleve el hecho al pie, ni adelantar censura que no vaya recta al blanco, ni censurar mucho, y por poca causa, sino cuando la causa sobra, y la censura cae inesperada y merecida, y entra en el pecho hostil hasta el pomo. No en irritar estuvo su fuerza; sino en tundir, en oponer, sin soberbia, y del primer quite, la pintura de su patria, generosa y próspera, a la de las trabas con que el norte le cierra al comercio de su patria las puertas; en mantener, cabeza alta, que los Estados Unidos, pletóricos y desdeñosos, han de ver por su plétora, antes de tachar la de otros, y de curar sus malas leyes antes de poner mano en las ajenas; en hablar, como por derecho

natural, de la América castellana como una, y de un vuelo, con las palabras que se necesitan para fabricar una maza, declarar sin provocación ni imprudencia, y sin parecer que lo declaraba, que los pueblos de América son entidades firmes y crecidas que se conocen plenamente, viven abiertos al hombre en liza libre, y no entrarán en “aventuras peligrosas”.

En su crónica de 16 de abril, Martí describe la sesión de la conferencia como el consumado narrador que era, y como si estuviera armado de una cámara fotográfica y un audífono para no perder gestos ni palabras de la extensa y accidentada sesión sobre arbitraje. Merecería considerar este movido y hablado texto como un modelo de reportaje de todos los tiempos, tanto por su estilo gráfico, dinámico, como por los hechos singulares de una importante conferencia internacional. Sin perder solemnidad la sesión, dedicada al reglamento de arbitraje, no se llegó a acuerdo alguno, por las justificadas contradicciones entre el Norte y el Sur y también las existentes entre países del Sur. Pero el texto de Martí continuará siendo una pieza periodística antológica de la política interamericana, en la que predomina la negativa latinoamericana a plegarse a las pretensiones de dominio del imperialismo norteamericano. Las palabras del ponente argentino, Manuel Quintana, quedaron firmes en la conciencia latinoamericana: “Ante el derecho internacional americano no existen en América naciones grandes ni pequeñas; todas son igualmente soberanas e independientes, todas son igualmente dignas de consideración y de respeto”.

Pero la batalla final de la conferencia, fue la que describió Martí con mayor entusiasmo y orgullo, en su crónica a *La Nación*, de 3 de mayo de 1890, en la última sesión, empleando el mismo dinámico ritmo descriptivo que la anterior:

La batalla del día fue de veras muy recia. El Zolverein había sido el clamor de combate en lo económico, y la Argentina lo

ganó, de cara al sol. El proyecto de conquista, suma y término natural del arbitraje, era el campo de combate en lo político; ¿lo ganaría la Argentina también, cuando tenía el sol en contra? Porque, entre los de habla castellana, el entusiasmo con que se acogió el propósito de honradez y humanidad que a todos les asegura y garantiza, y no se puede rechazar sin confesarse reo voluntario y descarado contra la humanidad y la honradez, fue tan loable como la moderación con que en la casa extranjera, refrenó los impulsos a que pudo llevarla el interés amenazado o la ira, el único pueblo de nuestra América que por sus pecados de guerra, pudo creer que le iba al pecho el proyecto levantado en masa por todas las repúblicas del continente, como un coro de hermanos. Quien vio aquel espectáculo, nunca lo olvidará.

Estados Unidos “se negó a firmar el proyecto que declara ‘eliminada para siempre la conquista del derecho público americano’”, y consintió en declarar eliminada la conquista “por veinte años”. Y Martí cuenta que Quintana, delegado argentino, redactó el proyecto de cuatro artículos, en que se elimina la conquista para siempre –que las cesiones territoriales en virtud de coacción serán nulas –que los pueblos forzados a ceder sus tierras pueden recurrir al arbitraje –que será nula la renuncia del derecho de llamarse a arbitramento. La delegación norteamericana se opuso al proyecto contra la conquista, y hubo reuniones y discusiones fuera del pleno, proposiciones de modificación del propio secretario de Estado Blaine etc., pero el ponente argentino mantuvo su texto. Son instantes críticos, de incertidumbre y de indecisión.

Y empieza la votación. ¿Cuál será el pueblo de América que se niegue a declarar que es un crimen la ocupación de la propiedad de un pueblo hermano, que se reserve a sabiendas, el derecho de arrebatarse por la fuerza su propiedad a un pueblo de su propia familia? ¿Chile, acaso? No; Chile no vota contra la conquista; pero es quien es, y se abstiene de votar, no vota por ella. ¿México tal vez? México no; México es tierra de Juárez y

no de Taylors./ Y uno tras otro, los pueblos de América, votan en pro del proyecto contra la conquista. “Sí”, dice cada uno, y cada uno lo dice más alto. Un solo “no” resuena: el “no” de los Estados Unidos. Blaine, con la cabeza baja, cruza solo el salón. Los diez delegados del Norte le siguen, en tumulto, a la secretaría.

Es interesante subrayar que, en este caso, Martí, el periodista, invirtió el orden de los sucesos, al trasladar al inicio de su crónica del 3 de mayo de 1890, en audacia profesional la escena final del acontecimiento descrito, sin dejar de inmiscuir su personalidad patriótica en la escena, emocionalmente:

Ya se van, aleccionados y silenciosos, los delegados que vinieron de los pueblos de América a tratar, por el convite de Washington, sobre las cosas americanas [...] Casi todas las repúblicas, como jadeantes de la última pelea, estaban dándose la mano en torno de una mesa del [hotel] Shorehan. Se hablaba de prisa, con júbilo, en voz baja, como cuando hay nacimiento, como cuando hay boda. Velarde, el de Bolivia, radiante de gratitud, brindó, entre un coro de copas levantadas, “¡por el héroe del día, por el Bayardo de la conferencia, por el mantenedor inquebrantable de los derechos de los oprimidos y de los débiles, por el autor y el abogado triunfante del proyecto contra la conquista” [refiriéndose al delegado argentino Manuel Quintana] y de todos los labios brotaron, como de hijos a padre, palabras de ternura y agradecimiento. Quintana, vencido por primera vez, sólo acierta a decir: “¡Para mi patria acepto estos cariños! ¡Nada más que un pueblo somos todos nosotros en América! ¡Yo he cumplido, y todos hemos cumplido con nuestro deber!”. Un americano sin patria, hijo infeliz de una tierra que no ha sabido aún inspirar compasión a las repúblicas de que es centinela natural y parte indispensable, vela, acaso con lágrimas, aquel arrebato de nobleza. Las repúblicas, compadecidas se volvieron al rincón del hombre infeliz, y brindaron por el americano sin patria. Lo tomaron unos a piedad y otros a profecía.

En cuanto al balance de la conferencia, ya Martí había adelantado algunas conclusiones en su crónica de principios de marzo:

No es hora de reseñar, con los ojos en lo porvenir, los actos y resultados de la conferencia de naciones de América, ni de beber el vino de triunfo, y augurar que en el primer encuentro se han acabado los reparos entre las naciones limítrofes, o se le ha calzado el freno al rocín glotón que quisiera echarse a pacer por los predios fértiles de sus vecinos; ni cabe afirmar que en esta entrevista tímida, se han puesto ya los pueblos castellanos de América, en aquel acuerdo que sus destinos e intereses les imponen [...] vale más resguardarse juntos de los peligros de afuera, y unirse antes de que el peligro exceda a la capacidad de sujetarlo, que desconfiar por rencillas de villorrio, de los pueblos con quienes el extraño los mantiene desde los bastidores en disputa, u ostentar la riqueza salpicada de sangre que con la garra al cuello le han sacado al cadáver caliente del hermano. Los pueblos castellanos de América han de volverse a juntarse pronto, donde se vea, o donde no se vea.

Aquellos meses de la Conferencia panamericana, que fueron los últimos de 1889 y los primeros de 1890, de tan intensa actividad física y mental y de angustiada inquietud espiritual para Martí, quebrantaron seriamente su salud. En agosto de 1890 le escribe a Rafael Serra: “Entre los calores y el trabajo, y los cuidados del espíritu, dieron en cama conmigo, y me voy con la cabeza seca a la montaña. Pero con el corazón de siempre, que es como la flor, que más aroma da mientras más la estropean”. Esa secuela de los días agitados por el porvenir inseguro de la patria, habrían de ser fecundos para la poesía. El nos reiteró en el prólogo a sus *Versos sencillos*, de 1891, la verdadera causa de sus quebrantos:

Mis amigos saben cómo se me salieron estos versos del corazón. Fue aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por

fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos. ¿Cuál de nosotros ha olvidado aquel escudo, el escudo en que el águila de Monterrey y de Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras los pabellones todos de la América? Y la agonía en que viví, hasta que pude confirmar la cautela y el brío de nuestros pueblos; y el horror y vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiéramos los cubanos, con manos parricidas, ayudar el plan insensato de apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo disimulado, de la patria que la reclama y en ella se completa, de la patria hispanoamericana, me quitaron las fuerzas mermadas por dolores injustos. Me echó el médico al monte; corrían arroyos y se cerraban las nubes, escribí versos.

Esos *Versos sencillos* escritos en la calma tras la tempestad, pero donde destella el espíritu de lucha contra la injusticia y de amor a la libertad, continúan más vivos que nunca en los repertorios de la canción protesta, en todo el mundo, con el ritmo popular, oriental cubanísimo, de “La guantanamera”.

LUCHA TOTAL Y ANTICIPACIÓN PRÁCTICA

Hasta aquí hemos asistido sólo a un episodio importante de la experiencia política de Martí respecto al imperialismo norteamericano en sus inicios, que lo afirmó en la realidad geográfica e histórica de su ejecutoria revolucionaria. Pero cuando se desarrolla el proceso de la Conferencia panamericana que vive tan intensamente y que tanto significó para su experiencia política, ya él había tenido la oportunidad de conocer y denunciar en sus artículos y crónicas periodísticas, distintas manifestaciones del fenómeno que habría de identificarse como expresiones del proceso imperialista asumido por la pujante plutocracia yanqui, como etapa natural del agresivo desarrollo capitalista.

Progresivamente, Martí dio testimonio de esas manifestaciones, en cada caso que afloraron en la actualidad norteamericana, con la particularidad de que al registrar los hechos inherentes al fenómeno, incluyó todos los que corresponden a las clasificaciones posteriores de más de un tratadista del fenómeno imperialista moderno. En este caso, nos atenemos particularmente a la obra *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, de quien lo estudió y definió en escala planetaria, además de combatirlo victoriosamente en Rusia: Vladimir Ilich Lenin.

Puede afirmarse que al penetrar Martí en el fabuloso ámbito neoyorkino –al que habría de vincular el resto de su existencia–, ya ha logrado establecer las bases de su sólida formación cultural e ideológica, que aunque polarizada en la lucha por la independencia de Cuba, abarca una visión de muy amplio radio y de impresionante profundidad. El otrora adolescente romántico ha evolucionado, dándole paso a un inquieto joven cuya prematura madurez le permite tomar plena conciencia de la realidad histórica en lo político y en lo filosófico.

Sin embargo, la dura y prolongada experiencia de la agitada y expansiva realidad norteamericana, proporcionaría al curioso e inquieto escritor combatiente de la libertad cuanto necesitaba para completar una más exacta y profunda visión del mundo y de la época, y para enriquecer ideológicamente su acción y su proyección revolucionarias. Ya estaba habituado el animoso recién llegado a examinar toda experiencia política y social con detenimiento, tanto como periodista cuanto como hombre de estado interesado en asimilar lo positivo y práctico a sus fines patrióticos ulteriores. Es natural, por tanto, que de primera vista le fueran atractivas las instituciones y orientaciones democráticas surgidas directamente de la revolución de 1776, en sus rasgos más aparentes que reales. Y es natural, también, que gradualmente fuera advir-

tiendo la verdadera imagen, a medida que penetrara en aquel macromundo del capitalismo, precisamente en la etapa inicial de sus manifestaciones más brutales y odiosas: la de su fase monopolista.

Tuvo oportunidad Martí de asistir a ese proceso, y a su secuela de corrupción, descomposición y agudos conflictos sociales. Era un nuevo fenómeno negativo de proporciones y consecuencias excepcionales, que no sólo amenazaba destruir las instituciones políticas creadas por la revolución democrática burguesa, sino que además, amenazaba, con sus pretensiones hegemónicas, la independencia nacional de los países de “nuestra América”, incluyendo el territorio insular de su patria aún bajo el dominio colonial español. Si el peligro de la política expansionista yanqui ya lo había advertido Martí desde antes, desde las entrañas pudo conocer al monstruo en sus dimensiones reales y en sus intenciones voraces manifiestas.

El nuevo fenómeno económico político de expansión y dominio de unos países por otros, que ya estaba en proceso en otras partes del mundo, habría de merecer después la denominación al mismo tiempo definitiva y calificadora de imperialismo. Martí no sólo fue testigo de su nacimiento y evolución, sino también su notario, aunque no con intención del científico que estudia y define el fenómeno, sino como periodista que describía hechos y sus orígenes y consecuencias, en particular aquellos que revelaban –y denunciaban– la ambición latente de echar a aquel país “en son de conquista por todos los ámbitos de la tierra”, ambición que en nuestros días ha retoñado con nuevos métodos e ímpetus.

Entonces, Martí pudo y supo percibir, con su aguda visión, las diversas manifestaciones típicas del fenómeno imperialista, y exponerlas de manera dispersa, ocasional fragmentaria y empírica, en sus vigorosas *Escenas norteamericanas*, escritas sin otra pretensión que la de informar a sus lectores, pero

con la preocupación natural de quien observa la realidad con espíritu revolucionario, sobre todo cuando esa realidad puede ser nociva para el género humano. Y su percepción fue tan lúcida y penetrante, que muchos de los rasgos esenciales del imperialismo, que él advierte y describe en sus crónicas y reportajes neoyorquinos, coinciden justamente –como se ha dicho antes–, con los que –veinte años después de la muerte en combate del escritor y revolucionario cubano–, habría de exponer el genial líder y teórico del socialismo científico, Vladimir Ilich Lenin, quien escribió ese “análisis teórico –sobre todo económico”, durante su refugio en Zurich, Suiza, en 1916.

En mi estudio “Anticipaciones de José Martí a la teoría leninista del imperialismo”,⁶ demuestro la profundidad y certeza con que el maestro percibió los distintos aspectos del fenómeno imperialista y de las contradicciones de intereses de las potencias rivales en el reparto del mundo; de lo que fue, como ya se dijo, testigo y notario también de esos aspectos expansivos del imperialismo, del que tuvo plena conciencia, percibida de su lúcida visión política y de la experiencia histórica asimilada durante su extensa mansión en Estados Unidos. Ello le llevó a la convicción de que la lucha revolucionaria por la independencia de Cuba del dominio español, tenía que estar vinculada a una estrategia global de lucha contra el creciente imperialismo estadounidense y su inclusión de nuestro país en sus planes de absorción, como base de ulterior expansión, con peligro para el necesario equilibrio del mundo. Recordemos su carta dirigida a un compatriota, citada antes:

Llegó ciertamente para este país, apurado por el proteccionismo, la hora de sacar a plaza su agresión latente, y como ni sobre

⁶ “Anticipaciones de José Martí a la teoría leninista del imperialismo”, en Andrés Augier, *Acción y poesía en José Martí*, núm. 1, La Habana, Letras Cubanas, 1982, p. 130.

México ni sobre Canadá se atreve a poner los ojos, los pone sobre las islas del Pacífico, y sobre las Antillas, sobre nosotros. Podríamos impedirlo, con habilidad y recursos, que los arranques y la claridad de juicio, pueden, con buen manejo, vencer a la fuerza. En la soledad en que me veo [...] lo he de impedir.

LA REVOLUCIÓN CUBANA Y EL EQUILIBRIO DEL MUNDO

Muchos desvelos debe haberle provocado esa dura realidad al infatigable emigrado revolucionario, escritor y periodista cubano en Nueva York, cuando a fines del año 1891 decidió consagrarse de manera absoluta a la organización de la lucha política y militar por la independencia de su patria esclava. Las condiciones habían madurado para esa arriesgada y difícil decisión, y su constante apostolado de muchos años ya lo situaba a la cabeza del movimiento que no había cesado de animar en los últimos lustros.

Poco a poco, el patriota se había ido despojando de toda ocupación o actividad que no fuera la afiebrada tarea revolucionaria: los trabajos de oficina, las traducciones, las colaboraciones periodísticas en importantes diarios de países sudamericanos y de México, las representaciones consulares de países hermanos. En fin, todo lo que pudiera frenar el impulso incontenible de redimir su patria. Tenía plena conciencia de que si la lucha frente a la monarquía española era gigantesca, no menos difícil sería la que debía librar contra el impetuoso imperialismo norteamericano.

Se conoce la colosal hazaña desarrollada por Martí durante tres difíciles años, con entusiasmo, abnegación, sacrificio y talento ejemplares. En una primera etapa, la de organizar a la emigración cubana, diseminada en Estados Unidos y países de la cuenca del Caribe, con preferencia a los héroes de la guerra anterior, en el Partido Revolucionario Cubano, del que fue designado delegado. El 10 de abril de 1892, en el vigé-

simo tercer aniversario de la Asamblea de Guáimaro, fue la proclamación oficial, en Nueva York, de la constitución del Partido, “para lograr con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico”, como rezaba el primer artículo de las Bases de la organización.

Si el objetivo de la guerra de liberación consignada en el segundo artículo de las Bases estaba “encaminada a asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla”, el tercero agregaba que esa guerra “de espíritu y métodos republicanos”, se proponía “fundar en Cuba una nación capaz de asegurar la dicha durable de sus hijos y de cumplir, en la vida histórica del continente, los deberes difíciles que su situación geográfica le señala”; el artículo cuarto agregaba el propósito de “fundar en el ejercicio franco y cordial de las capacidades legítimas del hombre, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer, por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud”. La guerra se ha de hacer “para el decoro y bien de todos los cubanos, y entregar a todo el país la patria libre”, consignaba el quinto, y los cuatro artículos restantes se referían a funciones operativas del Partido. Con justificada cautela, se omitió toda alusión a las conocidas pretensiones de Estados Unidos de apoderarse de la Isla.

Pero en abril de 1894, en el vibrante órgano periodístico del Partido, *Patria* –otra hazaña de su inagotable consagración revolucionaria–, trata Martí el tema a fondo, ya desde su mero título: “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la Revolución y el deber de Cuba en América”. Es su profética concepción de lo que la Revolución Cubana hubiera podido contribuir al equilibrio del mundo:

El fiel de América está en las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial, contra el

mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder –mero fortín de la Roma americana; y si libres –y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora–, serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio –por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles–, hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del Orbe por el predominio del Mundo [...] Se llegará muy alto, por la nobleza del fin; o se caerá muy bajo, por no haber sabido comprenderlo. Es un mundo lo que estamos equilibrando; no son dos islas las que vamos a liberar.

La segunda etapa de su afiebrada acción, más extensa y ardua, con más y mayores escollos: la de poner en pie de guerra a la Isla el 24 de febrero de 1895, bajo la dirección de los heroicos jefes militares de la epopeya de los Diez Años, ya se sabe cómo consagra a Martí genio de la Revolución, al igual que su obra literaria le hace merecer semejante categoría en las Letras de nuestra América. Sobre todo, por su decisión estratégica y táctica de mantener la fecha del inicio de las hostilidades en Cuba, sobreponiéndose al duro golpe que significó el fracaso del plan de la Fernandina –pérdida de transportes, armamentos, equipos etc.–, porque con tan duro golpe, España no consideraría inmediata la guerra. No vaciló Martí en reunirse entonces con el general en jefe, Máximo Gómez, en Santo Domingo, para seguir sin demora a encabezar la insurrección en Cuba.

La saga gloriosa de aquellos días de Montecristi en la República Dominicana, y la que narra la aventura marítima de los héroes hasta las playas cubanas, y la emoción de los primeros pasos por los impresionantes picachos de la patria, resplandece en los *diarios* de Martí con las más intensas luces

de transparencia y poesía de la sensibilidad humana. Pero fue en el Manifiesto de Montecristi suscrito por Gómez y Martí como el acta de nacimiento de una nación, donde reiteró el delegado del Partido Revolucionario Cubano el carácter trascendente de la gesta emprendida, en su solemne momento histórico y en su dimensión geográfica:

La Guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar en plazo de pocos años el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo [... Es] la esperanza de crear una patria más a la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres y la paz del trabajo.

Ya en el imponente escenario de la guerra de independencia, continuación de la que interrumpió la Paz del Zanjón en 1878, pero con su mismo ímpetu y fines proclamados por los patriotas de la protesta de Baraguá, suscribiría Martí junto a Gómez un extenso mensaje dirigido “Al editor de *The New York Herald*”, sobre la razón y los objetivos de la Revolución, al que pertenece este párrafo:

Con el poder de estas justicias; con la fuerza de indignación del hijo de Cuba bajo las vejaciones y gravámenes con que las diezmó España en la guerra de Independencia, y le negó la más insignificante mejora en diez y siete años de política inútil de espera, y con la responsabilidad del deber de Cuba en el trabajo de liga y acción a que en la junta de los océanos se preparan los pueblos del orbe, han vuelto los cubanos, de un cabo a otro de su tierra, a demandar a la última razón de las armas, sin odio contra su opresor, y por los métodos estrictos de la guerra culta, el puesto de República que permitirá al hijo de Cuba el empleo de su carácter y aptitud y el derecho de abrir su tierra cegada al trato pleno con las naciones a que la acercó la naturaleza y

la atrae su capacidad común, y en el cubano a nadie superior para la altivez y el orden de la libertad./ Plenamente conocedor de sus obligaciones con América y con el mundo, el pueblo de Cuba sangra hoy a la bala española, por la empresa de abrir a los tres continentes en una tierra de hombres, la República independiente que ha de ofrecer casa amiga y comercio libre al género humano./ A los pueblos de la América española no pedimos aquí ayuda, porque firmará su deshonor aquel que nos la niegue. Al pueblo de los Estados Unidos mostramos en silencio, para que haga lo que deba, estas legiones de hombres que pelean por lo que pelearon ellos ayer, y marchan sin ayuda a la conquista de la libertad.

Pero aún con toda la carga implícita del mensaje en lo que se refiere a la plenitud de independencia por la que Cuba reanudaba su combate contra el dominio español aquel “revolucionario radical de su tiempo”, como si presintiera cercana su desaparición en uno de los combates inmediatos, desnudó su más profunda convicción en la carta que comenzó a escribir a su fraternal amigo y confidente mexicano Manuel Mercado, el 18 de mayo de 1895, víspera del día en que sucedió lo fatal. Son frases –confesiones– inolvidables:

ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber –puesto que lo entiendo y tengo ánimos con qué realizarlo– de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser, y como indirectamente, porque hay cosas que para logradadas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Sin pausa alguna, como si quisiera aprovechar al máximo el breve espacio de papel y el poco tiempo disponible, para vocear cuanta confidencia le urgía sacar a flote, continuaba:

Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos, como ese de Vd., y mío –más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino, que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte revuelto y brutal que los desprecia– les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio que se hace en bien inmediato de ellos. Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas; –y mi honda es la de David.

Es una declaración cuya singular trascendencia política crece por la solemne circunstancia de haber sido hecha en la más profunda intimidación, en el imponente escenario y el intenso instante de la guerra justa, y además en la inminencia, que resultó desdichadamente cierta, de dar la vida por cuanto acaba de expresar; por tanto, es un texto que por fuerza reviste categoría fundamental en las raíces de la revolución de Cuba. Y nótese que ya califica directamente de “imperialistas” a las pretensiones del “Norte revuelto y brutal que los desprecia”.

Otros temas igualmente fundamentales de la realidad política insular y continental relacionadas con las maniobras del tácitamente aludido Goliath, y que no era posible ignorar, enfocaba la carta que quedó inconclusa, encontrada entre las pertenencias de Martí, ocupadas con su cadáver por las tropas españolas que, al día siguiente, 19 de mayo, atacaron el campamento de Dos Ríos, donde pernoctaba el Estado Mayor de las tropas cubanas. Esa ocasional suerte y de la cual fue recuperado, tuvo este que constituye sin duda el testamento político del delegado del Partido Revolucionario Cubano, a quien días antes el general en jefe, Máximo Gómez, había designado Mayor General del Ejército Libertador. Su tesis, de hecho, debió considerarse desde entonces incorporada a las nuevas raíces de la continuidad en 1895 de la Revolución Cubana iniciada el 10 de octubre de 1868.

Más adelante, esta carta inconclusa que no pudo llegar a su destinatario y que vino a ser conocida muchos años después, hace referencia a su conversación con el corresponsal del periódico norteamericano *The New York Herald*, Eugenio Bryson, que le visitó en el campamento, y al que le fue entregado el mensaje oficial antes citado. Agregaba Martí en su carta:

Ahora mismo, pocos días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida de las sierras en que anduvimos los seis hombres de la expedición catorce días, el corresponsal del *Herald*, que me sacó de la hamaca en mi rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, sin cintura ni creación, que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le piden sin fe la autonomía de Cuba, contenta sólo de que haya un amo, yankee o español que les mantenga, o les cree, en premio de su oficio de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante [...] la masa mestiza inteligente y creadora de blancos y negros.

Finalmente, en su epístola, comunicaba Martí privadamente a su amigo mexicano, la opinión del Capitán General español, confiada al periodista norteamericano:

Bryson me contó su conversación con Martínez Campos, al fin de la cual le dio a entender éste que sin duda, llegada la hora, España preferiría entenderse con los Estados Unidos a rendir la Isla a los cubanos [...] Por acá, yo hago mi deber. La guerra de Cuba, realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas a que sólo daría relativo poder su alianza con el gobierno de España, ha venido a su hora en América, para evitar, aún contra el empleo franco de todas esas fuerzas, la anexión de Cuba a los Estados Unidos, que jamás la aceptarán de un país en guerra, ni pueden contraer, puesto que la guerra no aceptara la anexión, el compromiso odioso y

absurdo de abatir por su cuenta y con sus armas una guerra de independencia americana [...] Me conoce. En mí, sólo defenderé lo que tenga yo por garantía y servicio de la revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad. Y en cuanto tengamos forma, obraremos, cúplame esto a mí, o a otros.

La caduca monarquía española, como adelantara el general Martínez Campos al periodista norteamericano que le informó a Martí, prefirió hacer la felonía de rendir a Estados Unidos (junto con la de Puerto Rico y el archipiélago de Filipinas), la isla de Cuba, y no a quienes correspondía, a los cubanos, como originales, precedentes beligerantes, sustantivamente victoriosos, en uso del legítimo derecho a su propia tierra, a su patria por la que habían combatido. Pero por algo estaba Martí seguro, convencido, de que aunque desapareciera personalmente en la guerra revolucionaria, no desaparecería su pensamiento ni su ejemplo, porque la fundada aspiración histórica de su pueblo, de la que él hizo sangre de su vida y esencia de su espíritu, es obra de justicia, y “mientras la justicia no esté conseguida, se pelea”, porque, “la nación empieza en la justicia”.

PÉRDIDA Y RESCATE DEL PENSAMIENTO Y LA ACCIÓN DE MARTÍ

Lógicamente, la caída en combate de Martí fue un poderoso golpe a la Revolución, de inmediato a la más completa dirección de la guerra, a la plena divulgación y defensa ideológica de la lucha armada, y a las sólidas bases iniciales de la República futura. Pero no debilitó el gigantesco movimiento patriótico por él desencadenado e iniciado. Al contrario, pudo llegar a límites de la victoria en heroicas jornadas del pueblo en armas, dirigidas por Máximo Gómez, Antonio Maceo, Ca-

lixto García y una gloriosa legión de jefes valientes, capaces y abnegados, que aún después, ante el otro enorme quebranto que significó la muerte de Maceo, en 1896, alzaron con renovados sacrificio y coraje la bandera de la inminente victoria.

Esa evidencia de la victoria cubana, la posibilidad casi inmediata de una Cuba independiente, habría de inquietar a los Estados Unidos, aunque nunca cesaron de maniobrar para apoderarse del dominio de la Isla, como de una fruta madura que se desprende del árbol y cae en sus manos, según la metáfora de uno de sus prohombres. Los acontecimientos (ya desaparecidos Martí y Maceo, que hubieran impedido tales rumbos), se desarrollaron como planificados previamente, o como los sucesivos cuadros de un meditado drama histórico:

1898, enero, constitución del gobierno autonómico de la Isla, dispuesto por el gobierno español; como fórmula para detener el inminente triunfo revolucionario; febrero, explosión en el muelle de la bahía de La Habana del crucero acorazado norteamericano *Maine*; abril, resolución conjunta (“Joint Resolution”) del Congreso de Estados Unidos, que declara que la isla de Cuba “es y de derecho debe ser libre e independiente”, y aprueba la autorización solicitada por el presidente McKinley de emplear las fuerzas de mar y tierra de la nación para lograr que España abandone Cuba; julio, rendición de Santiago de Cuba, luego de la batalla naval en la zona marítima de esa ciudad de las flotas de Estados Unidos y España, con auxilio decisivo de las tropas mambisas en tierra; agosto, fin de las hostilidades y del dominio español; diciembre, firma del Tratado de París en que España traspasa a Estados Unidos su soberanía sobre Cuba; 1899, enero, traspaso oficial del gobierno de la Isla a Estados Unidos, en La Habana.

Era la dura realidad que, por evitarla, había Martí dado su vida, en agonía y deber: ocupación militar y gobierno interventor norteamericano, que dispuso de inmediato la di-

solución del Ejército Libertador cubano, y que, en chantaje que haría sistemático, impuso como condición para cesar la ocupación militar, la inclusión, como apéndice, en la Constitución de la República de Cuba (aprobada por una Asamblea Constituyente), las estipulaciones de la enmienda a una ley aprobada por el Congreso de Estados Unidos (la Enmienda Platt, apellido de su promotor), que establecía abusivas condicionales limitantes de la plena soberanía nacional que, naturalmente, reducía a calculado pretexto el reconocimiento de la “Joint Resolution” al derecho de libertad e independencia de nuestro país. Así quedó constituida la flamante República de Cuba, el 20 de mayo de 1902, y es bien conocida su triste historia de nación sujeta a la voluntad de los intereses de Estados Unidos, en humillante condición neocolonial, explotada y saqueada por poderosos monopolios y corporaciones financieras norteamericanas. La negación del sueño de Martí, la desgraciada certeza de sus prevenciones.

Triste historia, pero en lo que respecta a quienes olvidaron, ignoraron o traicionaron las prevenciones y doctrina de Martí y se plegaron a las condiciones neocoloniales, para medrar con perjuicio de las legítimas tradiciones y necesidades de la nación y de su pueblo; y que hace más culpables a quienes reclamaron nueva intervención norteamericana de la Isla (1909-1913), con desprecio de las heroicas hazañas y supremos sacrificios de varias generaciones de cubanos.

Una extensa bibliografía ofrece la oportunidad de conocer pormenorizadamente ese penoso periodo histórico de Cuba, desde el primer presidente, Tomás Estrada Palma, hasta el tirano Fulgencio Batista, pasando por una suerte de “generales y doctores” de ingrata memoria: José Miguel Gomez, Mario G. Menocal Alfredo Zayas, Gerardo Machado, Carlos Mendieta, Federico Laredo Bru, y Ramón Grau San Martín y Carlos Prío Socarrás... Dos partidos rivales, el liberal y el conservador, igualmente presupuestíveros, hundieron la República en lo-

dazal sangriento; pero los falsos “auténticos”, no sólo imitaron a sus antecesores, sino que cometieron la felonía de utilizar en su aventura electoral el nombre de Partido Revolucionario Cubano, en infame insulto a Martí y a sus heroicos mambises.

Pero, al mismo tiempo, gloriosa historia por cuantas voces expresaron la indignación y la inconformidad de nuestro pueblo y mantuvieron viva la llama encendida por Martí y tantos patriotas contra la imposición del vasallaje y por el rescate de la plena independencia nacional, entre las cuales resonaron en tono mayor, próceres como Juan Gualberto Gómez, Manuel Sanguily y Enrique José Varona. Es preciso recordar, como profética anticipación, el fallido intento del poeta Diego Vicente Tejera (1848-1903) –a su regreso de la emigración, en 1899–, de defender el programa del Partido Revolucionario Cubano y los principios de José Martí mediante el Partido Socialista Cubano, fundado en 1899. No le alcanzó su existencia al poeta para realizar el noble propósito. Pero fue significativo que Tejera asociara la prédica martiana a la doctrina del socialismo utópico, porque se anticipó a una tarea necesaria reservada por el proceso histórico del país y la realidad social contemporánea.

Lamentablemente, entre los últimos años del siglo XIX los primeros lustros del XX, existió en Cuba una ignorancia total de las ideas –en general de la obra literaria y periodística– de Martí. Su copiosa obra escrita nunca había podido ser divulgada en su patria, por la censura del gobierno colonial español. El héroe, el patriota, era amado por su pueblo, pero éste no le conocía en toda su espléndida magnitud, de fundador y maestro de conciencias. Su prodigiosa escritura dispersa en publicaciones del continente, y en especial sus trabajos políticos del periódico *Patria*, eran ignorados por la mayoría de sus compatriotas, pues sólo circuló entre los cubanos emigrados. Con razón lo advirtió en 1905 el maestro dominicano Pedro Henríquez Ureña, en una revista habanera.

No fue sino durante el transcurso de la segunda década del siglo xx (15 volúmenes entre 1909 y 1919), que Gonzalo de Quesada y Aróstegui, el abnegado cercano colaborador de Martí y albacea de los escritos del maestro, logró editar sucesiva y parcialmente sus obras, conforme a sus instrucciones. Ello significó para las nuevas generaciones republicanas una maravillosa revelación. El pleno conocimiento no sólo de su alta jerarquía literaria, sino de la amplitud y profundidad de sus ideas político-sociales y su visión de la futura república, nos permitió medir entonces en toda su dramática realidad, el enorme contraste entre sus nobles aspiraciones de la nación cubana y la odiosa presencia de una mísera tierra neocolonizada, donde en turbio ambiente de vergonzosa politiquería, predominaba la corrupción y el despotismo.

Coincidieron con esa revelación parcial de la obra martiana (continuada con acierto y devoción por Gonzalo de Quesada y Miranda y algunos investigadores ocasionales de la época), las primeras manifestaciones de inconformidad cívica que entre 1923 y 1925 habrían de desembocar, progresivamente, en poderoso movimiento, de acciones y factores dispersos, al que se denominaría “Revolución del 30”, por su extensión cronológica, aunque careció de la organización y la unidad indispensables, de factores y circunstancias. Se inició contra el régimen corrupto del presidente Alfredo Zayas (1921-1925) –que mereció la repulsa general no sólo por su lacra administrativa, también por transigir servilmente con la más insolente ingerencia norteamericana–, y continuó con mayor intensidad, contra la sanguinaria dictadura de Gerardo Machado (1925-1933).

En el primer plano de aquel heterogéneo movimiento estuvo la lucha por la solución del problema aparentemente básico de la escandalosa inmoralidad administrativa del régimen zayista, y su falta de moral ante la plena injerencia norteamericana en la vida del país. De inmediato se desataron las crisis de las distintas actividades de la sociedad cubana

en demanda de sus respectivas reivindicaciones, desde el estudiantado hasta todos los sectores del proletariado, tanto urbano como rural; desde las organizaciones femeninas por la plena igualdad jurídica de la mujer, hasta la población negra por la plenitud de sus derechos ciudadanos reconocidos constitucionalmente, pero de hecho ignorados en la vida común, discriminación conservada como una resaca de la esclavitud de la época colonial. Y todo en medio de precarias condiciones económicas nacionales.

Estas distintas y significativas manifestaciones de inconformidad fueron desarrollándose aisladamente, en cada caso, con ímpetu revolucionario, pero en definitiva formaban parte de un todo en el que debían converger cada una en su momento. En primer término, hay que mencionar las asambleas estudiantiles pro Reforma Universitaria, en 1923, y el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, que fundó en 1922 la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), de notoria trascendencia revolucionaria. Independientemente de su importancia en ese sector juvenil, tiene carácter especial también porque surge en esa oportunidad el inolvidable líder Julio Antonio Mella, paradigma supremo de la juventud cubana.

Ese impulso juvenil contra los lastres coloniales de la educación superior, por natural evolución derivó a posiciones revolucionarias de más amplio alcance social, cuya primera expresión fue la creación, a iniciativa de Mella, de la Universidad Popular José Martí. Es sintomático que aquel carismático atleta universitario que fue Mella invocara el nombre del maestro –cuyas ideas más radicales comenzaban a difundirse– para ofrecer a los obreros en los sindicatos cursos especiales de superación y de organización. Pero acontecimientos y protagonistas de aquel crítico instante cubano habrían de relacionarse y entremezclarse al ritmo de las latentes circunstancias revolucionarias coetáneas, coincidiendo todos con la invocación del legado martiano.

Contemporánea del movimiento estudiantil fue la Protesta de los Trece, acto de repulsa a la venalidad gubernamental zayista, escenificado en la Academia de Ciencias por un grupo de trece intelectuales encabezados por el poeta Rubén Martínez Villena, y que tuvo especial trascendencia política; también literaria, al reflejarlo Martínez Villena en su emblemático poema “Mensaje lírico-civil”,⁷ donde evoca las cargas al machete de los mambises, frente a la Enmienda injerencista norteamericana y hace resplandecer la presencia revolucionaria de Martí. De él son estos expresivos fragmentos:

nos hace falla una carga de aquellas, / cuando en el ala bélica
de un ímpetu bizarro, / ¡al repetido choque del hierro en el gui-
jarro. / Iba el tropel de cascos desempedrando estrellas! / Hace
falta una carga para matar bribones, / para acabar la obra de las
revoluciones; / para vengar los muertos, que padecen ultraje, /
para limpiar la costra tenaz del coloniaje; / para poder un día,
con prestigio y razón, / extirpar el Apéndice a la Constitución; /
para no hacer inútil, en humillante suerte, el esfuerzo y el ham-
bre y la herida y la muerte; / para que la República se mantenga
de sí, para cumplir el sueño de mármol de Martí; / para guardar
la tierra, gloriosa de despojos, / para salvar el templo del Amor
y la Fe; / para que nuestros hijos no mendiguen de hinojos / la
patria que los padres nos ganaron de pie.

Ya la presencia beligerante de Martí comenzaba a retornar al combate necesario. Nótese cómo en magistral síntesis se plantean los problemas básicos de la nación, sin exceptuar el infame “apéndice constitucional” de la Enmienda Platt, ofensa imperdonable a los héroes mártires de la Revolución por la independencia nacional.

⁷ “Mensaje lírico-civil”, en Rubén Martínez Villena, *Poesía y prosa*, t. 1, La Habana, Letras Cubanas, 1978, p. 138.

Al calor del debate originado por la Protesta de los Trece, surgieron dos trascendentales agrupaciones interrelacionadas. Una fue el Grupo Minorista, de escritores, artistas e intelectuales, al que dio relevancia pública el director literario de la revista *Social*, Emilio Roig de Leuchsenring (autor de enjundiosos estudios del pensamiento de Martí sobre la penetración imperialista), y cuya ejecutoria fue eficaz aporte a la protesta cívica general.

La otra organización fue la Falange de Acción Cubana, de carácter patriótico, dirigida por Rubén Martínez Villena y Juan Marinello, para nuclear a la ciudadanía en vigorosa acción cívica y educativa, bajo el lema martiano de “Juntarse: ésta es la palabra del mundo”. Su primer acuerdo fue la divulgación del pensamiento de Martí. En su manifiesto inicial, entre otras advertencias a los ciudadanos cubanos, les recordaba a Martí y el Manifiesto de Montecristi:

Los pueblos buenos que conocen su historia saben hacerse dignos de ella. No des lugar a que tus grandes muertos se avergüencen de ti. De tu seno salió un hombre, el hombre de Montecristi, que te rescató de la tiranía al precio de su genio, cuya gloria reclamaba para sí toda la América.⁸

Hay que advertir en qué medida iba creciendo entonces en las nuevas generaciones la influencia del ejemplo heroico y del ideario ético de Martí, en este caso sobre una asociación de activa postura nacionalista, patriótica, de protesta contra las inmoralidades administrativas del desacreditado régimen zayista, y que no alcanzaba aún una abierta posición anti-imperialista. La Falange de Acción Cubana decidió fundirse al movimiento de la Asociación Nacional de Veteranos y Patriotas, surgido para combatir al régimen, incluso con una insurrección, y al margen de los partidos políticos. Martínez Villena fue de sus principales activistas del movimiento, que

⁸ *Ibid.*, t. 2, p. 278.

llegó a alcanzar considerable importancia nacional. Pero en el momento decisivo los “veteranos” pactaron con el gobierno, con la consiguiente decepción de los jóvenes patriotas, que, como Martínez Villena, llegaron a la convicción de que el problema de Cuba exigía soluciones más radicales, conforme a la experiencia de las luchas sociales y al desarrollo ideológico revolucionario a lograr por la vanguardia política de las masas trabajadoras.

Fue 1925 un año histórico para Cuba, por haberse fundado durante su transcurso dos organizaciones fundamentales del movimiento revolucionario popular de vanguardia, que habrían de influir decisivamente en el proceso de afirmación de la nacionalidad cubana: el primer Partido Comunista de Cuba, con miembros de agrupaciones comunistas organizadas en varias poblaciones de la Isla; y la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOO), con numerosos sindicatos de distintos sectores de la industria y comercio del país.

Como para confirmar la vinculación de los nuevos organismos de lucha revolucionaria del pueblo cubano con el que fundara nuestro Apóstol, coincidieron en el primer Comité Central del Partido Comunista de Cuba el veterano combatiente proletario Carlos Baliño, uno de los firmantes, junto a Martí, del acta de constitución del Partido Revolucionario Cubano en 1892, y Julio Antonio Mella. Este, tras organizar los instrumentos de lucha del estudiantado, entregó su claro talento y su generoso entusiasmo a la causa de los trabajadores, al futuro del ser humano. Ya se sabe cómo en su impetuosa consagración redentora del socialismo científico marxista-leninista, alentaba un espíritu de genuina estirpe martiana, que no tardaría en manifestarse.

Fiel servidor de los intereses imperialistas y de la burguesía nacional, el nuevo gobierno presidido por Gerardo Machado, instaurado en 1925, impuso criminal represión contra el movimiento obrero organizado y contra su partido de cla-

se, cuyos principales dirigentes fueron perseguidos, encarcelados o asesinados. Mella pudo abandonar el país, y radicarse en México, donde su dinamismo revolucionario alcanzó notable dimensión en el movimiento comunista continental, sin abandonar su proyección contra la tiranía machadista, pero ésta también segó aquella preciosa vida. El 10 de enero de 1929, fue asesinado por sicarios de la dictadura, en connivencia con autoridades venales mexicanas.

Pero –contra sus criminales intenciones–, Mella quedó vivo para siempre en nuevos combatientes por Cuba libre y por un mundo mejor, y continúa siendo aquel comunista precursor, aquel heroico combatiente por las ideas renovadoras del marxismo-leninismo, que no cesa de luchar con el ejemplo de su acción y la permanencia de su escritura. Y en su resistente escritura política no faltan sus “Glosas al pensamiento de Martí”, donde exalta pensamientos del maestro y expresa la necesidad que tiene de escribir un libro sobre José Martí, ante quien siente “la misma emoción que siento ante otras grandes figuras de otros pueblos”, y escribirlo es “una necesidad y un deber para con la época”.⁹

Las nuevas generaciones cubanas –nuevas por la edad y por las ideas– unían el genuino legado martiano a los más avanzados ideales de redención humana. No pudo el gallardo combatiente, símbolo inmortal de la juventud cubana, escribir ese libro sobre el maestro, pero su vida heroica fue su mejor homenaje a Martí. Su puesto al frente del Partido Comunista y de orientación de la máxima organización del proletariado (la CNDC) fue cubierto con su ardiente y leal espíritu martiano por Rubén Martínez Villena, quien quemó el último lustro de su viril juventud herida por la tuberculosis, en la llama

⁹ “Glosas al pensamiento de José Martí”, en Julio Antonio Mella, *Documentos y artículos*, La Habana, Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba, 1975, p. 267.

sagrada de la Revolución, con la hazaña postrera de dirigir la huelga general de agosto de 1933, que logró la victoria popular contra la criminal tiranía machadista.¹⁰

Parecía que la llamada Revolución del 30 se aproximaba al poder cuando la sublevación de los sargentos del Ejército y el Directorio Estudiantil Universitario, en septiembre de 1933, derrocaron el gobierno provisional impuesto por la embajada norteamericana y propiciaron un gobierno aparentemente revolucionario, en el que Antonio Guiteras aportó decisiones y proyecciones antiimperialistas. Pero cuando los sargentos se hicieron coroneles, no vacilaron en plegarse a las exigencias yanquis de restablecer la vieja politiquería (agravada por el predominio dictatorial de la jerarquía castrense) a partir de enero de 1934.

Al comentar en un artículo periodístico las trabas y dificultades que le impusieron a su ejecutoria antiimperialista como Secretario de Gobernación en aquel gobierno provisional que se decía revolucionario, escribió Guiteras, meses antes de ser asesinado por sicarios de Batista, y presintiendo el porvenir por cuya consecución murió en combate, estas afirmaciones:

Un estudio somero de la situación política-económica de Cuba, nos había llevado a la conclusión de que un movimiento que no fuese antiimperialista en Cuba, no era revolución, pues sus intereses eran incompatibles [...] Grau cayó por místicos del reconocimiento [de Estados Unidos] con Batista a la cabeza, que habían retrocedido aterrados ante la verdadera revolución que por primera vez veían en todas sus luces [...] Esa actitud rectilínea mostró un mundo de posibilidades al pueblo de Cuba, que ya había bebido con ansia los escritos de nuestros intelectuales, que le mostraban la senda de la revolución verdadera. Esa posición erguida mostró a los revolucionarios el camino. Esa fase de

¹⁰ Véase Raúl Roa, *El fuego de la semilla en el surco*, La Habana, Letras Cubanas, 1982. Se trata de la biografía de Rubén Martínez Villena.

nuestra historia es la génesis de la Revolución que se prepara. Que no constituirá un movimiento político con más o menos disparos de cañón, sino una profunda transformación de nuestra estructura económica-política.¹¹

Es evidente que Guiteras aludía a intelectuales estudiosos del pensamiento antiimperialista de Martí y de la realidad cubana regida por el imperialismo. Es natural que se iniciara una nueva etapa revolucionaria contra la dictadura militar del ex sargento y entonces coronel Fulgencio Batista, etapa de lucha en la que ya fueron fundamentales los aportes de los sectores de izquierda, en particular del sólido y activo Partido Comunista. Independientemente de su influencia determinante en el potente movimiento obrero y de su incesante, heroica, certera y limpia acción política, desde sus perspectivas surgieron los más significativos estudios sobre el pensamiento y la acción antiimperialista de José Martí y su poderosa vigencia en la circunstancia histórica que vivíamos. Es justo reconocer la eficacia de su obra a quienes más insistieron en la difícil tarea, y que desafiando los riesgos de rigor, contribuyeron al rescate de la tesis antiimperialista martiana como raíz de la Revolución Cubana. (Esa presión histórica influyó en que factores acomodaticios lograrán en 1935 la anulación de la nefasta Enmienda Platt, impuesta en 1901, pero afirmados en tratados y convenios servidumbre a los intereses norteamericanos).

Es imprescindible acreditarle a Emilio Roig de Leuchsenring (1889-1964) –uno de los intelectuales aludidos tácitamente por Guiteras–, la más temprana, constante, combativa y documentada tarea de denunciar la acción imperialista norteamericana en nuestra América, y particularmente en Cuba, así como la difusión del pensamiento de Martí respecto al

¹¹ *Revista Bohemia*, La Habana, 20 de marzo, 1934.

tema de tan fundamental interés patriótico, tanto en el libro como en la tribuna y la prensa, a partir de 1919. Deben destacarse entre ellas las tituladas *La colonia superviva. Cuba a los veintidós años de República* (1924), *Historia de la Enmienda Platt* y *El internacionalismo antimperialista en la obra político-revolucionaria de José Martí* (1935), reveladores, como otras muchas otras obras suyas posteriores, para las nuevas generaciones de combatientes revolucionarios en la constante lucha por conquistar la plena independencia nacional de nuestra patria.

Juan Marinello (1898-1977) fue otro maestro insigne, continuador, como Roig, de la tradición revolucionaria de la cultura cubana. Vinculado a Rubén Martínez Villena desde las aulas universitarias, le acompañó en las actividades cívicas de la Falange de Acción Cubana y como abogado defensor de Julio Antonio Mella. Sufrió cárcel y exilio tanto en la lucha contra la tiranía machadista como contra la dictadura militar, desde la dirección de la Liga Antimperialista de Cuba, sin abandonar su alto magisterio ni su apasionado estudio y difusión de la obra literaria y el pensamiento político de Martí. A la muerte, en 1934, de Rubén Martínez Villena, no vaciló en unir su destino a la lucha de su pueblo desde el ejecutivo del Partido Comunista, uniendo así la acción a la prédica. Su talento, cultura y experiencia hicieron aportes sustanciales al nuevo proceso de la Revolución Cubana iniciado en 1959, que rescató la plena independencia nacional, conforme a la tesis antiimperialista martiana.¹²

También influyó la poesía –conforme a su tradición histórica– en el fortalecimiento de la conciencia revolucionaria de esa oscura etapa. *West Indies, Ltd.*, el intenso poema de

¹² Véase el prólogo de Roberto Fernández Retamar, “Martí en Marinello”, en Juan Marinello, *Dieciocho ensayos martianos*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, Editorial Política, 1980.

Nicolás Guillén (1902-1989) de 1934, puede considerarse la elegía de la Revolución del 30, porque refleja el drama de la frustración del poderoso movimiento popular que aspiraba no sólo a derrocar a la dictadura machadista, sino también a suprimir el dominio imperialista que la gestó y apoyó, y lograr la realización del sueño martiano de la plena independencia nacional. A partir de entonces esa concepción revolucionaria va a predominar en poesía de tan genuina expresión cubana en forma y contenido. *Cantos para soldados y sones para turistas* (1937) –y concretamente la “Elegía a un soldado vivo”– fueron también aportes significativos de Guillén en aquella conflictiva etapa de dictadura militar y de aguda crisis económica y de sostenida lucha popular.¹³

No se limitó Nicolás Guillén a combatir junto a su pueblo con su verso vibrante. Si tuvo relevancia la revista literaria *Mediodía* (1936) –en que Guillén estuvo acompañado de José Antonio Portuondo, Carlos Rafael Rodríguez, Ángel Augier (también estudiosos del pensamiento de Martí) y otros escritores revolucionarios–, fue determinante entonces, a partir de 1937, la conversión de esa revista en semanario de actualidad bajo su dirección, y sus combativas colaboraciones sobre la actualidad política, que se extendieron luego, a partir de 1939, al diario *Noticias de Hoy*, editado por el Partido Comunista, que tuvo en Guillén uno de sus comentaristas más combativos, como puede advertirse en la compilación de su *Prosa de prisa*.¹⁴

Indudable trascendencia tuvo otro enfoque marxista del pensamiento de Martí, del Secretario General del Partido Socialista Popular (Comunista), Blas Roca bajo el título de “José

¹³ Véase Nicolás Guillén, *Obra poética*, Ángel Augier (comp., pról., cron., bibliografía y notas), La Habana, Letras Cubanas, 2002 (Edición del centenario), 2 tomos.

¹⁴ Véase Nicolás Guillén, *Prosa de prisa*, Ángel Augier (comp. y pról.), La Habana, Ediciones Unión, 2002 (Edición del centenario), 4 tomos.

Martí, revolucionario radical de su tiempo”.¹⁵ Tras analizar a fondo los distintos aspectos sociales de la teoría revolucionaria martiana, afirmaba:

Martí nos dejó, en herencia, no sólo lo que él conquistó con su sangre, sino tareas históricas que los cubanos de hoy tenemos que cumplir para ser dignos de su memoria. El trabajó por la completa liberación de nuestro país, que no fue lograda por la intervención yanqui y nos alertó contra el vasallaje imperialista, que es cada vez más opresivo. Nosotros, fieles a su prédica revolucionaria y al interés de nuestro pueblo, somos hoy el partido de la completa liberación nacional el partido de la independencia y del progreso económicos, el partido del antiimperialismo.

La recia lucha popular de la década de los treinta, contra la dictadura, reforzada por las grandes concentraciones revolucionarias en apoyo de los heroicos defensores de la República española, de la nacionalización del petróleo mexicano por el presidente Lázaro Cárdenas y de adhesión a los combatientes contra el nazifascismo en Europa, obligaron a Batista –y a sus patrocinadores yanquis–, a “restablecer la normalidad política” con vistas a lograr nueva Constitución de la República en 1940, por la inoperancia de la Constitución de 1901 a partir de la dictadura machadista. Se abrió una etapa de garantías democráticas y se elaboró una ley constitucional progresista con participación de todos los sectores políticos, sin exceptuar al Partido Socialista Popular (Comunista), que hizo muy consistente participación en debates y en la pragmática fundamental.

¹⁵ Blas Roca, “José Martí: revolucionario radical de su tiempo”, en *Siete enfoques marxistas sobre José Martí*, La Habana, Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, Editora Política, 1978. Los restantes trabajos son de Julio Antonio Mella –ya mencionado–, Raúl Roa, Ernesto *Che* Guevara, Carlos Rafael Rodríguez, Armando Hart Dávalos y Juan Marinello.

Esa apertura constitucional franqueó, tras el problemático periodo presidencial de Batista, (1941-1945) el acceso al poder de Ramón Grau San Martín bajo el llamado Partido Revolucionario Cubano, que resultó ofensivo a la memoria de Martí, cuya heroica función pretendía simbolizar, en la más criminal burla política de nuestra historia. Tanto bajo su régimen (1945-1949), como en el de su sucesor, Carlos Prío Socarrás, no sólo predominó el más fraudulento asalto al presupuesto nacional (combatidos hasta el sacrificio por la tenaz voz condenatoria de Eduardo Chibás), sino también el más servil acatamiento a las directivas norteamericanas, precisamente con el aditamento de una repulsiva etapa “maccarthista” de criminal agresión a los más elementales derechos humanos. El golpe de estado militar de Batista en marzo de 1952, en vísperas de elecciones generales y apadrinado por el gobierno norteamericano, abrió uno de los periodos más sombríos y sangrientos de la historia del pueblo cubano.

Aquella repugnante fechoría política del 10 de marzo de 1952, provocó un estallido de indignación y protesta, como por acumulación histórica natural en el proceso de desarrollo de la personalidad de un pueblo, que durante más de un siglo no había cesado de combatir en defensa de su derecho a existir en plena independencia nacional y de pleno respeto a la dignidad humana. Y precisamente la grave ofensa se perpetraba en el año anterior al que conmemoraba Cuba el centenario del nacimiento de Martí. De repente se reveló, en toda su criminal magnitud, hasta que punto de abyección se osaba prolongar la infame traición al sacrificio heroico de varias generaciones cubanas. El brutal contraste entre la agónica aspiración de Martí y la ignominiosa realidad estimulada e impuesta por la funesta política hegemónica de Estados Unidos, provocó que desde: el hondón histórico de la dignidad cubana, resurgiera desde sus raíces, con todo el vigor de casi cien años de lucha, el espíritu y la acción

incontenibles de la genuina Revolución iniciada en La Demajagua en 1868.

Fue la más joven generación cubana la que asumió, con profundidad y pasión justificadas, la misión de responder al clamor histórico de la patria. Con pleno derecho se definió como la Generación del Centenario de Martí, efemérides que conmemoró con una impresionante procesión de antorchas, como si alzaran multiplicado el apotegma del maestro: “Paso a los que no tienen miedo de la luz; caridad para los que tiemblan de sus rayos”.

Al frente de los erguidos jóvenes de la Generación del Centenario marchaba alguien para quien la vida y la doctrina –agonía y deber– de José Martí se hicieron impulso sanguíneo y razón y acción y pasión: Fidel Castro Ruz. Seis meses después, la hazaña del 26 de julio de 1953, del asalto al cuartel Moncada con sus combatientes de la Generación del Centenario, heroica acción revolucionaria frustrada, de la que declaró autor intelectual a José Martí. Es inolvidable este emotivo párrafo de su histórico alegato *La historia me absolverá*, que fue también elegía impresionante de los combatientes asesinados, viril denuncia de los victimarios y canto martiano de lucha y esperanza:

Parecía que el Apóstol iba a morir en el año de su centenario, que su memoria se extinguiría para siempre, ¡tanta era la afrenta! Pero vive, no ha muerto, su pueblo es rebelde, su pueblo es digno, su pueblo es fiel a su recuerdo; hay cubanos que han caído defendiendo sus doctrinas, hay jóvenes que en magnífico desagravio vinieron a morir junto a su tumba, a darle su sangre y su vida para que él siga viviendo en el alma de la patria. ¡Cuba, qué sería de ti si hubieras dejado morir a tu Apóstol!

Esta dramática y dinámica conciencia y experiencia del renacimiento del espíritu y la acción martianos, habría de mantenerse en constante movimiento en las consecutivas etapas de la lucha revolucionaria abierta por el centenario del após-

tol. Luego de la epopeya de la Sierra Maestra, que culminó en la aurora victoriosa del primer día de 1959, más profundamente la tesis antiimperialista de José Martí se consolidó como raíz fundamental de la Revolución. Nada menos que la garantía de la plena independencia del país, el ejercicio natural de la soberanía de la nación, defendida a patria o muerte frente a los más diversos y criminales métodos de agresión, chantaje, calumnia, extorsión, sintetizados en el prolongado y recrudescido bloqueo genocida impuesto por los sucesivos gobiernos de la oligarquía norteamericana contra Cuba, en su repulsivo intento de minar el proceso revolucionario y recobrar su espurio dominio político-económico sobre el archipiélago cubano.

“Eduqué mi mente en el pensamiento martiano [...] y es el apóstol el guía de mi vida”, escribió Fidel Castro en vísperas de la hazaña del arribo del yate *Granma* a las costas de Cuba. Y en muchas etapas del desarrollo del proceso revolucionario ha repetido esa fidelidad de la acción a la doctrina martiana. En su breve introducción a las obras completas de Martí, expresa:

Si en nuestra Revolución se funden, como en un crisol de la historia, las ideas avanzadas y la obra patriótica de los forjadores de la patria, con la doctrina y la obra universales de la clase obrera y el socialismo, ello quiere decir que no podrá haber verdadera formación ideológica y política del pueblo, verdadera conciencia comunista, sin conocimiento de los admirables aportes de José Martí a la Revolución Cubana, a la liberación de América frente al peligro imperialista, y al pensamiento revolucionario de su tiempo, Martí es y será guía eterno de nuestro pueblo. Su legado no caducará jamás. En la medida que avanzamos hacia el porvenir se agranda la fuerza inspiradora de su espíritu revolucionario, de sus sentimientos de solidaridad hacia los demás pueblos, de sus principios morales profundamente humanos y justicieros.¹⁶

¹⁶ Véase Fidel Castro, *José Martí, el autor intelectual*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, Editora Política, 1983. Esta valiosa compilación

Apoyada en esa sólida base ética, patriótica, humanista, solidaria, apasionada, visionaria, poética, unida al estudio y la experiencia y aplicación de la madura teoría marxista-leninista de una nueva sociedad basada en la justicia y la equidad y en las más genuinas necesidades materiales y espirituales del ser humano, la Revolución Cubana, a lo largo de más de cuatro décadas, ha forjado nuevas generaciones en ese espíritu fecundo, y hoy resplandece más que nunca, rumbo al futuro, como ejemplo de sociedad justa y progresista, basada en la educación y en la cultura y en el pleno cuidado a la salud y a la dignidad humanas, pero siempre en guardia ante los peligros y amenazas a la humanidad esgrimidos por el imperialismo, frente a la voluntad siempre decisiva de los pueblos.

No hay dudas de que la realidad de su sueño de patria y libertad en su tierra cubana es el mejor y más apropiado homenaje a José Martí en el sesquicentenario de su nacimiento; una espléndida realidad lograda a pura ejecutoria martiana bajo la sabia dirección del Comandante en Jefe Fidel Castro, frente a la infame, agresiva y genocida política de Estados Unidos, en su criminal obstinación de volver a arrebatarle a Cuba su legítimo derecho de plena independencia y soberanía nacional. ¡Pero esta vez permanece vivo José Martí en cada cubano para, con nuestra Revolución, continuar combatiendo por lograr el equilibrio del mundo!

incluye, además del clásico alegato “La historia me absolverá”, numerosos textos martianos de Fidel Castro, tanto anteriores a la epopeya de la Sierra Maestra como posteriores a 1959, correspondientes al ingente proceso revolucionario, de lucha constante contra la agresiva hostilidad norteamericana, y por el fortalecimiento ideológico y desarrollo cultural de nuestro pueblo, culminantes en la actual batalla de ideas.